

ABRIL 2010

MEMORIO
DE
LA
COMUNIDAD
DE
LA
COSTA
DEL
SUD
OCCIDENTE
DE
CHILE

¿...Y ahora algo
completamente
diferente?



TURBULENCE

IDEAS FOR MOVEMENT

Turbulence es una revista/ periódico que pretende ser un espacio permanente en que se pueda pensar, debatir y articular las teorías políticas, sociales, económicas y culturales de nuestros movimientos, bien como las redes de prácticas diversas y alternativas que los cercan.

El colectivo, que ha tenido de nueve a siete miembros desde el principio, se formó en 2007, aunque nos conociésemos ya desde antes y ya hubiésemos colaborado en diferentes iniciativas. Nuestro punto de encuentro fue las muchas movilizaciones del período de la llamada "ola global" del final de los 90 al inicio de esta década. Vivimos en el Reino Unido, Alemania, Estados Unidos y Brasil.

Turbulence son: David Harvie, Keir Milburn, Tazio Mueller, Rodrigo Nunes, Michal Osterweil, Kay Summer and Ben Trott. Informaciones, comentarios, traducciones o pedidos de revistas pueden ser enviados a editors@turbulence.org.uk www.turbulence.org.uk ISSN: 1754-2367

Esta es la versión reducida, en español, de la edición número cinco de *Turbulence*, "... Y ahora algo enteramente distinto?". Todos los textos (incluyendo artículos del Colectivo Situaciones, Walter Mignolo, George Caffentzis, Rebecca Solnit, Massimo de Angelis y otros) pueden ser encontrados en nuestra página web, www.turbulence.org.uk, de donde también se puede descargar el archivo pdf de esta versión y de la original, en inglés. Si te gustaría ayudarnos a traducir los textos restantes, o si quieres ayudarnos en la distribución de la revista, escribenos: editors@turbulence.org.uk.

Esta edición de *Turbulence* es ilustrada por la serie "Horizonte llano" del fotógrafo brasileño Marcos Vilas Boas, de São Paulo. Desde 1994 él hace fotos de paisajes marinos, y empezó esta serie de imágenes nocturnas de horizontes marítimos en 1997. Aparte el tema, lo que tienen en común es el uso de larga exposición, lo que hace con que mismo los cambios más sutiles en las condiciones climáticas o movimientos físicos devengan elementos que producen el momento único -de reflexión, observación, asimilación del clima y del paisaje- capturado en cada una. Estas fotografías de larga exposición sirven como buena metáfora del tipo de atención renovada a transformaciones sutiles que propone esta edición: su superficial tranquilidad de casi-limbo esta tiene subyacente la "contribución millonaria" de una infinidad de pequeñas variaciones. www.marcosvilasboas.com.br



Todos los artículos son publicados bajo una licencia Creative Commons de Atribución No-Comercial Compartir Obras Derivadas Igual. Esto quiere decir que todo@s pueden utilizar y cambiar lo que quieran, con la condición de atribuirlo a Turbulence y los autores; no se puede utilizar el material para fines comerciales; y solo se puede distribuirlo bajo las mismas condiciones. Mas informaciones en http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/deed.es_AR

¿Vida en el limbo?

Estamos atrapados en un limbo, ni lo uno ni lo otro. Por más de dos años el mundo ha sido arruinado por una serie de crisis interrelacionadas que no parecen que vayan a resolverse en el corto plazo. Las certezas incólumes del neoliberalismo, que nos sostuvieron durante tanto tiempo, han colapsado. Y, sin embargo, es como si fuésemos incapaces de pasar a otra cosa. Malestar y protestas han surgido en torno a distintos aspectos de las crisis, pero no hay evidencias de que se haya constituido una respuesta común o consistente. Una sensación general de frustración tiñe los intentos de ruptura con la ciénaga de un mundo en caída.

Hay una crisis de creencia en el futuro, que nos deja con la perspectiva de un infinito presente en decadencia que se sostiene por mera inercia. A pesar

de toda esta confusión – una era de “crisis”, cuando parece que todo podría, y debería, cambiarse – tenemos la paradójica sensación de que la historia se ha detenido. Hay una falta de voluntad o una incapacidad para confrontar la escala de la crisis. Tanto las empresas como los gobiernos y los individuos se han puesto de cuclillas, con la esperanza de resistir a la tormenta hasta ver resurgir el viejo mundo en un par de años. Los intentos de ver signos de recuperación por toda parte toman erróneamente a esta crisis epocal como una crisis cíclica; no son más que amplias medidas promocionales. Si bien es cierto que se han utilizado sumas astronómicas de dinero para evitar el colapso completo del sistema financiero, dichos montos de rescate han sido empleados para prevenir el cambio, no para iniciarlo. Estamos atrapados en un limbo.



CRISIS EN EL MEDIO

Y, sin embargo, algo sucedió. ¿Recuerdan esos atemorizantes pero a la vez embriagadores días de fines del 2008, cuando todo pasaba tan rápido, cuando los viejos dogmas caían cual hojas en el otoño? Eran reales. Algo sucedió allí: los modos comprobados de hacer las cosas, bien ensayados luego de 30 años de neoliberalismo global, comen- zaron a descascararse. Lo que se tenía por sabido dejó de tener sentido. Se produjo un desplazamiento en lo que llamamos la *zona media* (*middle ground*): los discursos y las prácticas que definen el centro del campo político.

Es cierto que la zona media no es todo lo que existe, pero es lo que asigna a las cosas del mundo un mayor o menor grado de relevancia, validez o legitimidad. Constituye un centro relativamente

estable que funciona como punto de referencia para medir todo lo demás. Cuanto más lejos del centro se encuentre una práctica, idea o proyecto, más probabilidades hay de que resulte ignorado, públicamente desestimado o descalificado, o de algún modo suprimido. Cuando más cerca del centro, más probabilidades tendrá de ser incorporado – lo que, a su vez, producirá un mayor o menor desplazamiento del centro. En ninguno de los dos casos la zona media es definida “desde arriba”, como podría pensarse desde una pesadilla conspirativa, sino que *emerge* como resultante de los distintos modos de hacer y de ser, de pensar y de hablar, entrelazándose de tal forma que se refuerzan global e individualmente. Cuando más estos modos se unifican “desde abajo” como zona media, más capacidad adquieren para unificar “desde arriba”. En este sentido, los fundamentos de lo que llamamos “neoliberalismo” se dispusieron antes de que llamase algo por este nombre; pero el momento de la nominación implica un salto cualitativo: el punto en lo que ciertos lineamientos políticos, teorías y prácticas relativamente inconexas devienen un todo identificable.

Si bien es cierto que se han utilizado sumas astronómicas de dinero para evitar el colapso completo del sistema financiero, dichos montos de rescate han sido empleados para prevenir el cambio, no para iniciarlo. Estamos atrapados en un limbo

El surgimiento de nociones como las de “that-cherismo” en el Reino Unido o “reaganismo” en los Estados Unidos signaron un momento histórico. Nombraron algo que ya hacía tiempo que se estaba constituyendo y que durante las últimas tres décadas ha dominado la zona media. El neoliberalismo, en sí mismo, es una respuesta a la crisis de la zona media anterior: el fordismo/keynesianismo. La era del *New Deal* y sus variados equivalentes internacionales había sido testigo del surgimiento de una poderosa clase obrera que había crecido acostumbrada a la idea de que sus necesidades básicas debían ser resueltas por el Estado de Bienestar, que el salario real siempre se incrementaría y que, en tanto clase obrera, siempre tendría derecho a exigir más. Al inicio, la pieza central del proyecto neoliberal consistió en atacar a esta “demandante” clase obrera y a las instituciones estatales en las cuales el viejo compromiso de clase se había enquistado. Se recortaron los recursos asistenciales, los salarios se mantuvieron estables o fueron forzados a decrecer y la precariedad devino, de forma progresiva, la condición general del trabajo.

Pero este ataque tuvo un costo. El *New Deal* había integrado a los poderosos movimientos de trabajadores – los sindicatos de masas – en la zona media, contribuyendo a estabilizar un largo ciclo de crecimiento capitalista. Y generó salarios lo suficientemente altos como para garantizar que todos los productos generados por un sistema industrial repentinamente mucho más productivo – basado en la línea de ensamblaje de Henry Ford y en la “organización científica del trabajo” de Frederick Taylor – pudiesen ser adquiridos. Poco a poco, el feroz ataque a las clases trabajadoras del Norte Global fue compensado con tasas de interés bajas (es decir, créditos accesibles) y mayor disponibilidad de mercancías de bajo costo, masivamente producidas en áreas del mundo donde se pagaban los más bajos salarios (por ejemplo, China). En el Sur Global, la perspectiva de alcanzar algún día un nivel de vida similar al del Norte fue prometida como si fuese una

posibilidad. En este sentido, la globalización neoliberal fue la globalización del Sueño Americano: hacerse rico o morir intentándolo.

Claramente, el neoliberalismo también se apoyaba en cierto tipo de pacto (*deal*). Pero aquí la palabra cobra otro significado; se trata de un modo de atracción/incorporación profundamente distinto del fordista/keynesiano. Si éste implicaba *fuerzas colectivas* constituidas y visibles a través de figuras como los sindicatos o las organizaciones de campesinos, el “pacto neoliberal” funcionaba como una especie de rescisión del contrato original e interpelaba a los individuos *directamente en tanto individuos*. Se trataba de una zona media emergida de las prácticas, discursos y deseos “desviados” que buscaban formas de escapar al consenso previo (el temor de que los sindicatos se volvieran demasiado poderosos, la insatisfacción con la monótona uniformización de todo, las prácticas de corrupción para-estatal que compensaban la sobre-regulación de la vida, etc.) y que, como tales, tenían mucho que ver con la individualización. De hecho, esta nueva zona media se proponía crear un cierto *tipo* de individuo, un emprendedor atomizado, cuyos lazos sociales estuviesen subordinados al interés privado.

CRISIS DE LO COMÚN

Hoy el pacto neoliberal es nulo y vacío; la zona media se ha derrumbado. Ya no estamos en la época en la que el crédito de bajo costo, el incremento de las inversiones y la caída de los precios de las mercancías podían compensar el estancamiento de los salarios. Esos días han terminado, pero no se ha constituido ninguna nueva zona media. Nadie ha “suscripto” ningún nuevo “pacto” sustituto. Y así nos encontramos en un limbo.

Debe ser tenido en cuenta, sin embargo, que zona media y pacto no necesariamente van de la mano. Una nueva zona media *puede* resultar de un pacto, explícito (como el *New Deal* de los años 30) o implícito (como el neoliberalismo) y de hecho resultaría más firme y estable si así fuese. Pero un nuevo centro del campo político también puede emerger sin necesidad de pacto alguno. La zona media *no requiere* del grado de consenso que un pacto implica; es una condición suficiente, pero no necesaria. Implica siempre, sin embargo, un proceso de atracción e incorporación de fuerzas que podrían amenazarlo – y el grado en el que esto se realiza siempre es definido por la misma zona media emergente.

Suscribir un pacto es como acordar – conciente o inconcientemente – una tregua (temporaria) luego de una batalla feroz. Pero una zona media puede establecerse a sí misma en medio de un período de conflictos y resistencias en curso deviniendo una lucha de desgaste más prolongada. Desde nuestra actual posición estratégica, la incertidumbre es grande. No resulta posible predecir la duración o el resultado de la lucha por lo que se convertirá en el nuevo “sentido común” político. Ni siquiera los bandos de la disputa están claros, ya que sólo se pueden encontrar aliados una vez que la lucha se ha iniciado. Entonces, ¿quién luchará contra quién? ¿cuál será el *terreno común* (*common ground*) de los movimientos en las nuevas luchas y las que existirán consecuentemente?

Nuestro concepto de “terreno común” (*common ground*) es, como el de zona media (*middle ground*), una herramienta teórica. Lo utilizamos para nombrar las intersecciones y resonancias entre diversas luchas, prácticas, discursos, objetivos y referentes. En el anterior movimiento de globalización alternativa, el terreno común era el “No” compartido – contra la lógica monopólica del neoliberalismo – junto con el reconocimiento de la existencia de “muchos Sí” – la multiplicidad de las nociones alternativas de la economía, lo común y la sociabilidad. Durante años, muchos movimientos pudieron encontrarse y considerarse hermanos en este terreno común de rechazo al neoliberalismo – sin por ello negar las diferencias. Pero el desmoronamiento de la zona media implicó también la caída del terreno común fundado en el antagonismo a ella.



¿DE LA LOCURA A LA NORMALIDAD?

Hasta hace poco tiempo, cualquiera que hubiese sugerido nacionalizar los bancos hubiera sido considerado como un chiflado carente de los elementos más básicos de comprensión de la economía y del modo de funcionamiento de un mundo actual “complejo y globalizado”. El poder de la “ortodoxia” era tan intenso que una idea de ese tipo habría sido descalificada sin siquiera considerar la necesidad de formular una contraargumentación. Sin embargo, durante el año pasado, los gobiernos del mundo han efectivamente nacionalizado importantes secciones del sector financiero, entregando al mismo tiempo sumas vertiginosas de dinero público a las instituciones que permanecieron en la esfera privada. Movimientos similares hacia la “normalidad” han tenido lugar en el caso de ciertos discursos relacionados con el cambio climático y lo común. Todo político “serio” debe hoy por hoy al menos mostrarse preocupado por el calentamiento global. Y “lo común”, un tema que durante mucho tiempo fue exclusivo de la izquierda, ha ingresado también en el vocabulario de los intelectuales y políticos de centro: desde el creciente reconocimiento de los “beneficios públicos” ligados al acceso a medicamentos genéricos y otras cuestiones de propiedad intelectual hasta los comentarios cautelosos pero aprobatorios de publicaciones como *The Economist*, y el premio Nobel de economía otorgado a Elinor Ostrom por sus trabajos sobre lo común. Todos estos elementos reunidos podrían hacer pensar que el centro de gravedad del discurso público se ha desplazado a la izquierda.

Sin embargo, no puede pasarse por alto las recientes nacionalizaciones fueron justificadas como necesarias para *salvar* el capitalismo financiero, no como parte de un programa redistributivo, sin siquiera mencionar la posibilidad de una estrategia de transición socialista. En el mismo sentido, la nueva economía verde que ha encontrado hoy su lugar en la agenda pública de los políticos tiene como fin *mantener* un modelo productivista de desarrollo mediante su articulación con energías y procesos más sustentables.

Las cosas *han* cambiado, pero, en el limbo, descubrir hasta qué punto lo han hecho no es una tarea sencilla. Seamos claros, entonces, acerca del lugar donde las cosas han comenzado a suceder. Tal vez el cambio más obvio sucede al nivel *de lo que puede ser dicho* – de lo que puede ser aceptado como argumento válido en lugar de ser confinado a las regiones salvajes habitadas por los ideólogos trastornados y los ignorantes. En su apogeo, la ideología neoliberal resultó eficaz en el destierro de todo otro pensamiento ya que logró presentarse como una aplicación no-ideológica, meramente razonable, de la “ciencia” de la utilidad. Hoy, sin embargo, es posible ver (y decir) que los presupuestos de estas decisiones racionales eran, por supuesto, ideológicas. El mercado *no* tiende hacia el equilibrio, la maximización del interés privado *puede* sobrepasar los instintos de autoconservación y conducir a resultados no optimizados, y en tiempos de crisis todo derrame (*trickle down*) es revertido en la ostentación regresiva de los salvatajes. Las premisas de esos argumentos supuestamente no-ideológicos – tales como la transformación del “mercado” en un hecho natural gobernado por leyes científicas accesibles a los economistas *orto-doxos* (“opinión correcta”) pero no a los *hetero-doxos* (“otra opinión”) – han sido depuestas. La ideología neoliberal extrema dejará de moldear el espacio de la política: ya no definirá sus términos ni establecerá lo correcto y lo incorrecto (*inversión* en lugar de *gasto* público, *eficiencia* privada contra *ineficiencia* pública, economía de *mercado* y no *planificación*) y cesará de atraer hacia sí mismo el centro de gravedad del debate público. La ortodoxia neoliberal ya no constituye la zona media de la política ni es el punto de referencia utilizado para situar toda otra opinión.

LIBERALISMO ZOMBI

Pero la desaparición de esta zona media ideológica, ¿significa que la era neoliberal ha *realmente*

Suelos cambiantes



terminado? ¿O se trata de una pausa, de alguna forma de dieta radical para deshacerse de las instituciones y el capital ineficientes, orientada al resurgimiento de un neoliberalismo renovado? Por un lado, la reciente manía de salvatajes, más que una reestructuración del sistema bancario y una subordinación política del capital financiero, ha significado un masivo robo de guante blanco de los recursos públicos que intensificó un proceso de tres décadas de distribución regresiva de la riqueza. Por otra parte, este descomunal atraco ha perdido toda justificación ideológica y se ha revelado como lo que es: robo. El neoliberalismo siempre ha tenido dos caras. Constituía tanto un contraataque de las elites sobre las conquistas sociales que los trabajadores y demás movimientos sociales habían logrado desde los años 30 en adelante – un intento de producir una redistribución regresiva de la riqueza – como un proyecto ideológico que clamaba por liberar a “los

mercados” de las intervenciones injustificadas de los estados e instituciones afines.

¿Qué queda del neoliberalismo una vez que ha perdido su relleno ideológico? Ya no constituye un programa político-económico (relativamente) coherente: se ha convertido en un conjunto de actividades de saqueo perpetradas por un ejército en retirada, un modo de entrapar por un tiempo al sistema político antes de tener que renunciar a su control. Pero estas trampas, incluso despojadas de su camuflaje ideológico, siguen siendo peligrosas y hasta mortíferas. En todos los países que han sufrido crisis financieras y en los que se han realizado salvatajes los enormes déficits públicos que se han generado están siendo utilizados, por las mismas fuerzas sociales que se han visto (en términos absolutos) beneficiados por los mismos, para plantear que deben ser pagados mediante más ciclos de austeridad y recortes del gasto público. Al



sociedad, la política, la cultura o la economía. “El centro no se sostiene”, la zona media se ha roto, dejando atrás a un ejército confundido y vicioso, instituciones que ya no se encuentran guiadas por un marco coherente y partidos políticos que todavía intentan disputar el poder pero que carecen de programas reales.

Si el bloque de poder es débil y se encuentra comprometido con un evidente saqueo a gran escala del sistema que solía manejar y si – por sobre todas las cosas – el núcleo ideológico del neoliberalismo es cosa del pasado, ¿por qué, entonces, no logra emerger una nueva zona media? ¿Por qué no existen consecuencias prácticas del desplazamiento discursivo hacia la izquierda? La respuesta radica, al menos parcialmente, en el hecho de que el proyecto neoliberal se apoyaba mucho menos en la ideología de lo que sus críticos tendieron a pensar. Las teorías e ideologías son utilizadas para crear ideólogos y activistas neoliberales, pero la persuasión a través de la argumentación no es el modo en el cual el neoliberalismo transforma nuestras subjetividades y los límites de lo que percibimos como posible. Estos cambios se producen de formas más operacionales que ideológicas, es decir, a través de intervenciones sobre la composición de la sociedad. El neoliberalismo reorganiza los procesos materiales en función de crear la realidad social que su ideología afirmaba que ya existía. El neoliberalismo intenta producir sus propios supuestos y condiciones.

Más que ser *persuadidas* por el poder de la argumentación neoliberal, las personas son *entrenadas* para verse a sí mismas como esas elusivas criaturas que pueblan las teorías económicas liberales: los maximizadores racionales de beneficios. Este entrenamiento opera a través de la participación forzada en los mercados, no sólo en nuestras actividades económicas sino en cada esfera de nuestras vidas: en la educación, el cuidado de la salud, la atención de los niños, etc. Tomemos como ejemplo el sistema educativo en Gran Bretaña. Un ejército de inspectores y estadísticos gubernamentales compilan montañas de datos sobre rendimiento escolar; se espera de los padres que, por su parte, utilicen esta información para realizar la mejor decisión en lo que respecta a la elección de una institución educativa para sus hijos. La educación es considerada como una preparación de los cuerpos para el mercado de trabajo, así que la “elección racional” es invocada para justificar la orientación de ciertos estudiantes hacia el aprendizaje de oficios desde una edad temprana. Mientras tanto, muchos padres “de clase media” intentan maximizar las probabilidades de que sus hijos tengan “el mejor punto de partida en la vida” contratando tutores privados o arrastrándose a sí mismos a la iglesia cada domingo (ya que las escuelas religiosas anglicanas tienen reputación de ser las mejores).

Efectivamente, las personas son obligadas a convertirse en “capital humano”: pequeñas empresas atrapadas en la competición con las demás, átomos aislados enteramente responsables de sí mismos. En este contexto, aceptar el pacto “individual” ofrecido por el neoliberalismo tenía sentido. El neoliberalismo no es – o, mejor dicho, no era – sólo una cuestión de cambios en la gobernabilidad global o en el modo en el que los Estados deben ser gobernados; siempre se trató de la gestión de los individuos, de cómo deberíamos vivir. El neoliberalismo constituyó un modelo de vida y luego estableció mecanismos de pastoreo que nos condujeron hacia la “libre” aceptación de esa forma de vida. Los datos están cargados. Hoy, si uno quiere participar en la sociedad, debe comportarse como un *homo economicus*.

En muchos sentidos, es esta codificación neoliberal, no sólo de las instituciones y de los programas de política pública, sino de nuestras propias subjetividades, lo que nos mantiene atrapados en el limbo. El neoliberalismo está muerto, pero no parece darse cuenta de ello. A pesar de que el proyecto “ya no tiene sentido”, su lógica continúa marchando, como un zombi en una película de horror de la década del 70: horrible, persistente y peligrosa. Si ninguna zona media logra adquirir

Un zombi sólo puede actuar de forma rutinaria, sigue funcionando incluso mientras se va descomponiendo. ¿No es ésta nuestra situación, en el mundo del neoliberalismo-zombi? El cuerpo del neoliberalismo se tambalea, sin dirección ni teleología

la suficiente consistencia para reemplazarlo, esta situación podría durar cierto tiempo... todas las crisis más importantes – la económica, la climática, la alimenticia, la energética – permanecerán irresueltas; el estancamiento y la deriva a largo plazo quedarán instituidas (recordemos que la resolución de la crisis del Fordismo llevó toda la década del 70 y algo más). Así es la “no-vida” de un zombi, un cuerpo escindido de sus metas, incapaz de adaptarse al futuro o de elaborar planes. Un zombi sólo puede actuar de forma rutinaria, sigue funcionando incluso mientras se va descomponiendo. ¿No es ésta nuestra situación, en el mundo del neoliberalismo-zombi? El cuerpo del neoliberalismo se tambalea, sin dirección ni teleología.

Todo proyecto que se proponga terminar con este zombi tendrá que operar simultáneamente en distintos niveles, como lo hizo el propio neoliberalismo. Esto significa que deberá estar articulado a una nueva forma de vida. Y deberá comenzar aquí y ahora, en la actual composición de la sociedad global, grandes partes de la cual todavía se encuentran atrapadas por la lógica del zombi neoliberal. Este es el mayor desafío de aquellos que promueven un “Nuevo Pacto” o un “Nuevo Pacto Verde”. No se trata tan sólo de cambiar el modo de pensar de las élites o de incursionar en el gasto público: lo que se requiere es un cambio más radical. No sólo una modificación en la cabeza de la sociedad, sino una transformación del cuerpo social.

EL MEDIO Y LO COMÚN

Resulta posible detectar muchos síntomas de decaimiento de la vieja zona media. En cierto sentido, es en este punto donde yace la significación del fenómeno Obama: un proyecto político que llega al poder en medio de una marea de vagas promesas de “esperanza” y “cambio” habla menos de la fuerza de sus propias ideas que de la debilidad de las ideas de los demás. Mientras, al otro lado del Atlántico, hemos visto el colapso de la izquierda parlamentaria en una serie de elecciones recientes. Los partidos políticos de la centroizquierda europea – tanto los que se encontraban en funciones de gobierno como los que no – han sido castigados en los cuartos oscuros, mientras el voto derechista se ha sostenido mejor en términos generales. Muchos han quedado desconcertados por esta situación, pero la izquierda que abrazó el neoliberalismo se convirtió en su creyente más ferviente: fue ella la que llegó a considerar al neoliberalismo una fuerza progresiva que podría llevar el desarrollo incluso a los pobres del mundo. (No hay mayor fanático que el converso). Fue la oclusión de esta ilusión la que condujo al colapso de la izquierda neoliberal.

¿Significa esto que los muchos críticos de izquierda del neoliberalismo (y, en ocasiones, del capitalismo) – desde los partidos de izquierda radical hasta los alter-globalistas de Seattle y Génova – pueden ahora simplemente regodearse en una oleada de autosatisfacción? ¿Pueden ahora afirmar que estaban *en lo cierto* al oponerse no sólo a la tríada neoliberal de la financiarización, la desregulación y la privatización sino también a la Tercera Vía de Blair? Nosotros nos consideramos parte de dicho espacio crítico,

entregar el control a “manos seguras” fuera de toda forma de contabilidad, el neoliberalismo queda atrapado. Se trata de un hábil truco: el sector financiero utiliza las deudas surgidas por su salvataje para asegurar la continuidad de su control sobre las políticas de gobierno.

La imagen es confusa, y se vuelve todavía más. A medida que el crédito desaparece y los precios de los alimentos y de la energía aumentan, los trabajadores siguen mal pagados y, en el Norte, sobreendeudados. Una “recuperación” que no aumente ampliamente los salarios o cancele las deudas personales no va a cambiar nada de eso. El pacto ha caducado. Pero si ya no hay pacto ni ideología, ¿cuál es hoy la base social del neoliberalismo – cual es el *bloque de poder* neoliberal? Para decirlo de forma breve, se encuentra, si no totalmente destruido, al menos desorganizado. Ya no hay grupo social alguno que pueda afirmar de forma creíble su “liderazgo” en la

y ciertamente hemos estado en lo cierto acerca de algunas de estas cosas – pongamos por caso, la inestabilidad del sistema crediticio neoliberal. Pero uno de los peores errores que podríamos cometer en este momento sería asumir que las viejas respuestas y certezas son todavía válidas. Con la desaparición del viejo terreno común anti-neoliberal y la emergencia de nuevas luchas, debemos no sólo replantear la pregunta sobre quiénes somos – o éramos – “nosotros”. Sino que debemos construir un nuevo “nosotros”. Necesitamos estar atentos a las respuestas emergentes ante la actual coyuntura. Es preciso que desarrollemos una nueva capacidad de reconocer en qué niveles estas respuestas se comunican, desplegando un intento activo de identificar los puntos donde se superponen y se refuerzan mutuamente. Dicho de otro modo, necesitamos crear, identificar y nombrar, de forma colectiva, nuevos terrenos comunes.

La tarea de nombrar un terreno común es, en su mayor parte, una actividad analítica: se trata de identificar los componentes y las direcciones de las distintas trayectorias y actuar sobre estos elementos para fortalecer las dimensiones comunes, avanzar sobre las tensiones resolubles y poder situar las fuentes de las irresolubles. Es evidente que el acto de nombrar algo como terreno común siempre implica proponer una síntesis parcial; pero esta síntesis sólo puede ser tan efectiva como profundo el análisis que la sostenga. Sólo funciona en la medida en que el nombre signifique algo para aquellos a los que se propone interpelar.

Los terrenos comunes, como las zonas medias, tienen una doble faz. Por una parte, una faz “objetiva”: diversas prácticas, proyectos y subjetividades pueden compartir aspectos comunes o incluso resonar mutuamente, inclusive si no se conocen entre sí. Y, por otra parte, los terrenos comunes pueden tener una faz subjetiva que requiere cierto nivel de autoconciencia y una capacidad para reconocer lo que resulta común con otras luchas y proyectos. El “un mismo No” del rechazo al neoliberalismo es un ejemplo evidente de este tipo de un terreno común autoconciente y subjetivo. Identificar los terrenos comunes requiere de un esfuerzo activo, pero identificar y mantener un terreno común ayuda a incrementar su eficacia. Esta autoconciencia genera un bucle de retroalimentación que permite que el terreno común gane consistencia y sobrepase la capacidad de contenerlo de la zona media establecida. Los terrenos comunes contienen un elemento de autonomía, una capacidad de plantear sus propias preguntas en sus propios términos.

Esto conduce a la siguiente cuestión: ¿Cómo afectan los terrenos comunes a las zonas medias? Para comenzar, eso suele suceder de modos que resultan *invisibles*, como fuerzas centrífugas que se contraponen a la atracción centrípeta de las zonas medias. Se trata de las nuevas prácticas y formas de vida que se desvían de la síntesis; se propagan sin necesariamente constituir un desafío visible a la zona media. Podemos tomar como ejemplo las numerosas luchas ocultas de los trabajadores de las fábricas o de las oficinas que ralentizan el ritmo de trabajo sin llegar a la huelga; el impacto en la sociedad de la construcción por parte de gays y lesbianas de nichos para sus deseos; el efecto de las religiones sincréticas en África y Latinoamérica, con indígenas y esclavos que ponían en práctica sus tradiciones bajo las narices de los colonizadores. O el advenimiento de la píldora y la forma en la que las mujeres la utilizaron para incrementar su poder sobre sus propios cuerpos, produciendo mutaciones en las relaciones sexuales y en los roles e identidades sociales.

Este tipo de fenómenos devienen visibles cuando comienzan a tener roces con la zona media, entrando en conflicto con prácticas e instituciones preexistentes. Los terrenos comunes problematizan la forma en la que la zona media ha configurado el mundo, planteando problemas que ésta no puede cernir. Los efectos de este tipo de terrenos comunes innominados y las mutaciones que producen pueden aun ser limitados y suelen ser acompañados

por alguna forma de descalificación o represión. Los terrenos comunes devienen más potentes y sus efectos más pronunciados cuando son tanto *visibilizados* como *nombrados*. Es en ese momento cuando su fuerza centrífuga se transforma en antagonismo abierto.

Pero este antagonismo no es simplemente un fin en sí mismo. Durante la década del 90, cuando la zona media neoliberal atravesaba su momento de mayor fortaleza, su período más “hegemónico”, resultó necesario nombrar y sostener un antagonismo que se mantuvo a distancia de la zona media, precisamente porque uno de los dogmas neoliberales – el “fin de la historia” – había proclamado también el fin de todo antagonismo. Hoy la situación es distinta. A escala global, la izquierda parece débil, pero la simultánea y equivalente debilidad de la zona media nos otorga – a “nosotros” – una capacidad única para intervenir en la configuración de la nueva zona media. La tarea de *nombrar* nuevos terrenos comunes incrementa al mismo tiempo nuestra capacidad dar forma al resultado de las múltiples crisis globales, permitiéndonos incidir en el modo en el que son abordadas.

Debemos ser concientes, sin embargo, de que la emergencia de un nuevo terreno común que perturbe a la zona media no es necesariamente algo bueno. Podríamos, en este sentido, tomar como ejemplo la génesis misma del neoliberalismo. La Sociedad de Mont Pelerin, fundada por Friedrich Hayek en 1947, estudió las ideas de libremercado durante la “era dorada” del Keynesianismo, del mismo modo que lo hicieron los simpatizantes reunidos en torno a la escritora y filósofa ruso-americana Ayn Rand en la década del 50. Entre los miembros de la Sociedad de Mont Pelerin podemos encontrar a George Shultz y a Milton Friedman – Shultz trabajó luego bajo las administraciones de Nixon y Reagan y, en la Universidad de Chicago, ambos hombres formaron a los “Chicago Boys” que liberalizaron las economías latinoamericanas en las décadas del 70 y del 80. El joven Alan Greenspan, que luego devino presidente titular de la Reserva Federal, formaba parte del círculo de Rand. Estos pensadores y activistas del libremercado articularon un terreno común que alteró profundamente la zona media Keynesiano-Fordista, para luego avanzar en su destrucción.

¿HACIA NUEVOS TERRENOS COMUNES?

Es posible que estemos atrapados un limbo pero, al mismo tiempo, nuestra historia se sigue haciendo. En los últimos años hemos visto la irrupción de una multiplicidad de luchas, con diferentes grados de visibilidad. En ciertas partes del Norte global ha surgido y se ha expandido velozmente un movimiento de acción directa contra el cambio climático y a favor de la justicia climática. Ha habido un incremento de la actividad política en las universidades – como la ola de ocupaciones y huelgas italianas contra la Ley de Reforma Educativa y las protestas masivas contra los aranceles universitarios y la pérdida de empleos en la Universidad de California. En algunos casos, han surgido movimientos de protesta en torno a cuestiones ligadas directamente a la crisis financiera, por ejemplo, en Islandia, Irlanda, Francia (¿recuerdan los secuestros de ejecutivos?); o, como en Grecia, los movimientos se han montado sobre el malestar social generalizado derivado de la falta de perspectivas para la “generación de los 700 euros”. En Latinoamérica, claramente la parte del mundo donde las fuerzas de izquierda se encuentran en su punto de mayor ascendencia, se han producido luchas indígenas explosivas en torno al control de los recursos naturales. Los indígenas del Perú confrontaron exitosamente al gobierno y al ejército para evitar la destrucción de bosques y modos de vida en busca de nuevas fuentes de petróleo. En otros lugares, el Movimiento para la Emancipación del Delta del Níger ha logrado paralizar al ejército nigeriano, desbaratando muchos de los proyectos de la empresa Shell en la zona. En Corea del Sur, trabajadores despedidos ocuparon la planta automotriz SSang Yong en Seúl, combatieron a la policía y al ejército y sólo fueron desalojados

luego de una enorme operación de seguridad.

Si bien la lista podría continuar, es difícil eludir la sensación de que cada una de estas luchas ha permanecido relativamente separada de las demás. No han resonado lo suficiente como para constituir nuevos terrenos comunes. Pero podemos estar seguros de algunos puntos y, a partir de ahí, podría resultar posible identificar ciertas tendencias emergentes. En primer lugar, sabemos que en una crisis epocal como la que estamos atravesando tanto una nueva zona media como un nuevo terreno común deberán emerger inicialmente en torno a las *problemáticas* que pusieron de rodillas a la vieja era.

Tomemos nuevamente como ejemplo al Fordismo. Para la década del 70, la persistencia de los altos salarios no sólo condujo a una crisis de rentabilidad, sino que también provocó una preocupación generalizada que consideraba que los sindicatos se habían vuelto demasiado fuertes, el Estado demasiado expansivo y burocrático y la vida demasiado uniforme. El éxito del proyecto neoliberal, al menos en tierras anglo-americanas, radicó parcialmente en que abordó de modo efectivo dichos problemas, capturando los deseos, prácticas y discursos que anteriormente eran considerados “desviados” y prometiendo a los individuos la capacidad de realizarlos. Cuando el neoliberalismo aplastó a los sindicatos, contrajo la burocracia del Estado de bienestar, terminó con el estancamiento y venció a la inflación, por una parte respondió de manera efectiva a los problemas que habían puesto de rodillas al viejo New Deal y por otra parte estableció condiciones de emergencia de un nuevo conjunto de problemas sistémicos.

La primera y más inmediatamente evidente problemática en la crisis del neoliberalismo se muestra de modos muy distintos según el punto en el que nos hallemos parados. Lo que desde arriba se ve como una “crisis económica” (crecimiento rentabilidad y demanda insuficientes) desde abajo se vive como una “crisis de la reproducción social”. El desempleo crece y los déficits nacionales generan crecientes constricciones a la seguridad social. La respuesta zombi-liberal ha implicado, a la larga, su propia derrota: el salvataje a los bancos y a algunas empresas bien conectadas (pero con un enorme costo para los Estados, incrementando el déficit público) y el intento de volver a inflar la burbuja del crédito blando se sostiene en la esperanza de que alguien volverá a pedir prestado el dinero disponible. Pero no hay ninguna nueva fuente de demanda masiva, ningún consumidor de último recurso, ninguna oportunidad para inversiones de gran estala. Al final de este camino no hay otra cosa que la ruina.

Resulta evidente que estas dos perspectivas distintas para la misma crisis reclaman diferentes respuestas “lógicas”. Mientras la reacción del liberalismo zombi tiene sentido desde el ángulo de su propia lógica, la respuesta apropiada a la crisis de la reproducción social tal vez radique en una estrategia de *comunización* (*commoning*) consistente en la defensa, creación y expansión de recursos comunes y accesibles para todos: expandir el transporte público, socializar la atención de la salud, garantizar una renta básica y demás. Este tipo de estrategia podría alcanzar dos metas esenciales e interrelacionadas. En primer lugar, abordaría nuestros temores más inmediatos de perder nuestros medios de sustento – porque crearía espacios en los que la reproducción social resultaría posible fuera de los circuitos del capital hoy en crisis. En segundo lugar, podría contrarrestar la atomización causada por tres décadas de subjetivación neoliberal en los mercados. Si las interacciones mercantiles producen sujetos mercantiles, implicarse en procesos de comunización produce subjetividades “comunísticas” (*commonistic subjectivities*). Y si otra respuesta, igualmente “lógica”, a la crisis económica es el intento de excluir a ciertas personas de los recursos colectivos, entonces la creación de espacios comunes abiertos (open commons) constituirá una respuesta a la crisis de la reproducción social para contrarrestarla. Dichos espacios debilitarían también las políticas nativistas y racistas que están

ganando terreno, principalmente en Europa, pero también en zonas de África y Asia.

Una segunda problemática central es la de la *biocrisis*, las múltiples crisis socio-ecológicas que el mundo sufre en la actualidad como consecuencia de la contradicción entre la necesidad capitalista de un crecimiento infinito y el hecho de que vivimos en un planeta finito. Una vez más, existen dos caras de esta biocrisis. Desde la perspectiva de los gobiernos y del capital, es considerada como una amenaza para la estabilidad social. El cambio climático está desarticulando medios de vida, lo cual incrementa la cantidad de personas obligadas a asegurarse la reproducción social por medios ilegales. La posibilidad de que se generen movimientos de “refugiados climáticos” de gran escala es un temor de muchos gobiernos. La piratería es una respuesta de los pueblos pesqueros de Somalia y otros países a la sobrepesca en ciertas en el Cuerno de África. Pero los Estados y el capital perciben también de forma precisa que estas amenazas a la estabilidad social constituyen también oportunidades para la relegitimación de la autoridad política, la expansión del poder gubernamental y el lanzamiento de un ciclo de crecimiento económico “verde”, alimentado por el uranio y la austeridad.

Pero la biocrisis, como su nombre lo implica, es una crisis que amenaza la vida; y, en forma desproporcionada, las vidas de aquellos que menos han hecho para provocarla. De modo creciente, los movimientos que confluyen en el abordaje de esta contradicción – entre el capital y la vida, el crecimiento y sus límites – lo hacen en torno a la noción de *justicia climática*: la idea de que las respuestas a la crisis deberían deshacer antes que exacerbar las injusticias y las asimetrías de poder existentes, siendo construidas a través de la participación directa de los afectados.

Es evidente que no podemos estar seguros de que surgirán nuevas zonas medias y terrenos comunes en torno a estas cuestiones – la crisis económica / de la reproducción social y la biocrisis – pero estamos convencidos de que cualquier nuevo proyecto *exitoso* deberá abordarlos a ambos.

DE LO COMÚN A LAS CONSTITUCIONES

Permitir que surja un nuevo terreno común implica arribar a una especie de momento de gracia, en el que podamos distanciarnos de los presupuestos, tácticas y estrategias del ciclo de luchas contra el neoliberalismo y la globalización que tuvo lugar a fines del siglo pasado. El terreno común construido y sostenido en ese período deberá ser recompuesto a través del prisma de nuestra situación contemporánea.

El movimiento antiglobalización siempre sospeché de – y con frecuencia se opuso a – las instituciones *en sí*, a las formas *constituidas* del poder. Esta sospecha resultaba evidente, por ejemplo, en las tensiones internas de una de sus formas más institucionalizadas, el Foro Social Mundial (FSM). El escepticismo del movimiento antiglobalización tenía, por supuesto, buenos fundamentos: era el resultado del reconocimiento generalizado de la exitosa colonización de la mayoría de los partidos democráticos y de los sindicatos por parte de la ideología neoliberal.

Pero cuando irrumpió la crisis del neoliberalismo se volvió evidente que esta desconfianza hacia las instituciones se había traducido en una incapacidad para dar forma de modo consistente a la política y a la economía. El antagonismo hacia las instituciones como fin es sí mismo es un callejón sin salida. La capacidad de dejar vacantes las instituciones producía un espacio libre que la política, que aborrece el vacío, tendía a recubrir con los cálculos de las cooptaciones asistemáticas. Cuando los momentos de antagonismo no forman parte de procesos en curso de construcción de autonomía y constitución de nuevas formas de poder, suelen incrementar los riesgos de disipación o, aún peor, de contragolpe. Hoy es necesario algo más que muestras de fuerza esporádicas: necesitamos modos de organización que tomen como punto de partida la gestión colectiva de las necesidades, que politicen

Permitir que surja un nuevo terreno común implica arribar a una especie de momento de gracia, en el que podamos distanciarnos de los presupuestos, tácticas y estrategias del ciclo de luchas contra el neoliberalismo y la globalización que tuvo lugar a fines del siglo pasado

las estructuras y los mecanismos de la reproducción social, que construyan su fuerza desde allí. ¿Qué configuraciones podrían adoptar estos modos de organización en el clima actual? ¿Campañas contra las ejecuciones hipotecarias, en torno al costo de las expensas, la deuda privada, los recursos energéticos? En todo caso, lo que resulta necesario es desarrollar intervenciones que partan de la vida común y que tomen consistencia a partir de ello; utilizando a los momentos de antagonismo – en lugar de tomarlos como fines en sí mismos – como un modo de incrementar su poder constituyente.

Una década atrás, con la doctrina neoliberal en el pico de su poder y con la mayoría de los caminos institucionales bloqueados, el rechazo generalizado constituía una táctica verosímil. Pero el suelo quebradizo del presente nos plantea problemáticas muy distintas.

De hecho, existen algunos ejemplos de importantes transformaciones que han logrado inscribirse en formas institucionales. Los más destacables son, sin lugar a dudas, los procesos constituyentes en Bolivia y Ecuador, que han producido constituciones políticas que representan innovaciones radicales, no sólo en relación a las historias nacionales de cada país, sino también con respecto al derecho constitucional en sí mismo. En primer lugar, dan forma a un nuevo arreglo de fuerzas en el cual, por primera vez en la historia de estos países, la vasta mayoría de la población realmente tiene voz y cierto grado de representación. Pero hay algo incluso más importante: al instituir la *pluri-nacionalidad* como principio de Estado, ambas constituciones establecen una destacable ruptura con las nociones modernas de soberanía, instituyendo formas de soberanía múltiples y autónomas dentro del mismo Estado y reconociendo a la vez la deuda histórica del proceso colonizador. En el caso de Ecuador, de hecho, no sólo la plurinacionalidad sino también el concepto indígena del “buen vivir” (*sumak kausay*) y los “derechos de la Naturaleza” son convertidos en principios. Estos últimos, una invención única en la historia del Derecho, se deducen directamente del primero: el “buen vivir” involucra necesariamente al entorno en el cual la vida tiene lugar – no como la fuente *de* la subsistencia sino como el medio *en el que* se subsiste. La idea de que el mundo había encontrado en el Estado parlamentario una forma definitiva, no perfectible, era central en la doctrina del “fin de la historia”. El ciclo de la globalización alternativa se oponía de forma tajante a esta doctrina pero al mismo tiempo parecía aceptar la premisa en su forma invertida: las instituciones no pueden cambiar. Pero rechazar las instituciones tal como las conocemos no necesariamente implica rechazar a las instituciones en sí.

Estas constituciones sólo pueden ser un principio y, en cierto sentido, sólo es a partir de que están escritas que el proceso constituyente real comienza, al proponerse que la letra del texto se materialice en transformaciones reales. Este es, en realidad, el verdadero desafío que la “Marea Rosa” latinoamericana tendrá muy pronto que afrontar: el interrogante radica no tanto en los contragolpes

cada vez más y mejor organizados (como en el caso de Honduras) sino en el futuro de sus más aclamadas experiencias “exitosas”. Por supuesto que esta es también una cuestión vinculada a la producción de una nueva zona media y un nuevo terreno común: la cuestión es ver qué tan lejos de la vieja zona media pueden llegar estos procesos y qué nuevos terrenos comunes tendrán que ser contruidos para poder tener efecto sobre ellos. Las recientes experiencias latinoamericanas han resultado, y siguen resultando, contradictorias: el reconocimiento de los “derechos de la naturaleza” y del “buen vivir” va de la mano con una resurrección del “desarrollismo”, el incremento de la explotación de los recursos naturales y un renovado énfasis en la exportación de materias primas. La pregunta es si el poder constituyente de los actuales movimientos ya se ha agotado por entero en este proceso. ¿Será el período que viene momento de consolidar lo conseguido en lugar de subir la apuesta? ¿Será momento de desplegar maniobras tácticas de resguardo en lugar de ensayar movimientos estratégicos? Tanto en Brasil como en Bolivia, Venezuela, etc. ¿surgirán nuevas dinámicas por debajo del Estado que reaviven la energía transformativa que creó la situación actual o seremos testigos de su enfriamiento y cristalización?

¿Qué tan relevantes son estos procesos para quienes nos encontramos fuera de Latinoamérica? En muchos sentidos, este continente, con sus actores institucionales receptivos al terreno común de los movimientos sociales, parece una anomalía. Más aún, tal vez su estatus anómalo sea un síntoma de la quiebra del neoliberalismo. La mayor parte del mundo enfrenta síntomas e interrogantes muy distintos: si el liberalismo zombi es una modalidad de gobierno en curso, ¿cómo resultaría posible que los movimientos sociales incidan sobre el mundo? Si no existe una zona media dominante contra la que los terrenos comunes emergentes puedan desarrollar su fricción, ¿cómo se volverán visibles las luchas? ¿cómo darle forma al antagonismo contra un enemigo incoherente? Si las subjetividades neoliberales continúan reproduciéndose, ¿cómo interrumpir este proceso para crear nuevos sujetos con horizontes expandidos?

Muchas de las luchas actuales parten de la premisa de que el liberalismo zombi no persistirá y de que una nueva zona media emergerá. Por ejemplo, para los movimientos en torno al cambio climático la batalla no es sólo contra la inacción sino simultáneamente contra la forma en la que se formulan tanto el problema como las posibles soluciones. Desde esta perspectiva, la anomalía latinoamericana puede ser considerada como un punto de referencia en torno a las problemáticas de un futuro potencial que podría de pronto resultar oportuno. Esta es la verdadera dificultad para actuar durante una crisis. Cuando el futuro es tan poco claro, es necesario operar en varios mundos distintos al mismo tiempo. Será necesario nombrar un terreno común y a la vez mantenernos abiertos a nuevas posibilidades. Debemos buscar interlocutores institucionales, aceptando al mismo tiempo que, en parte, tendremos que crearlos nosotros mismos. Será necesario construir las condiciones para la emergencia de una nueva zona media, evitando a la vez quedar atrapados en ella.

Se trata, por supuesto, de tareas difíciles, pero así es como se construye un nuevo “nosotros”. El paso más pequeño podrá parecerse casi imposible ahora, pero tenemos que recordar que, una vez que un nuevo terreno común comience a tomar forma, las cosas pueden llegar a moverse muy rápido. Es tal la fragilidad del actual estado de cosas que un pequeño movimiento puede llegar a tener efectos dramáticos. Transformar un mundo atrapado por la entropía en un mundo llevo de potencial puede llegar a ser algo que no requiera demasiado esfuerzo.

Turbulence

Diciembre de 2009

Traducido por Franco Ingrassia

Nuevo Pacto Verde: un callejón sin salida o una vía más allá del capitalismo?

Un Nuevo Pacto Verde (*Green New Deal*) está hoy día en boca de todos. Barack Obama propuso una versión muy general; las Naciones Unidas están a favor, así como muchos partidos verdes en todo el mundo. En palabras del Green New Deal Group, un grupo influyente de economistas heterodoxos, verdes y activistas que luchan por la condonación de la deuda externa, un pacto de este tipo permitiría resolver la triple contracción generada por la crisis energética, climática y económica. **Frieder Otto Wolf**, ecosocialista y miembro fundador del Partido Verde alemán, sostiene que el reto para los movimientos globales no es tanto rechazar el Nuevo Pacto Verde, sino secuestrarlo. **Tadzio Mueller**, editor de *Turbulence* y activista de la Red por la Acción para la Justicia Climática, apuesta por algo diferente y mira hacia el nacimiento de un movimiento para la justicia climática. *Turbulence* ha puesto a estos autores cara a cara para discutir sobre la propuesta de entender el Nuevo Pacto Verde como una gran oportunidad para una izquierda global, idea que parece en general bastante débil.

TADZIO MUELLER Antes de centrarnos en la crisis de la izquierda (global), y en si el Nuevo Pacto Verde puede o no ser una oportunidad para su rejuvenecimiento, creo que existe una pregunta más importante que es necesario contestar. En concreto: hasta qué punto un proyecto de este tipo representa una gran oportunidad de rejuvenecimiento para *el capitalismo global*? Las tasas de beneficios (posiblemente con la excepción de los bancos bajo rescate estatal) están por los suelos. Por ahora no hay nada que pueda empujar hacia arriba el capitalismo, ni hoy ni en el futuro próximo – ni los sectores (la automoción, por ejemplo), ni las tecnologías (como las Tics), ni los procesos (como la globalización). El capital, dicho de otra manera, está en crisis y necesita, como sostiene Nicholas Stern, autor de un ensayo para el gobierno británico sobre los costos y oportunidades del cambio climático, “un buen motor de crecimiento para salir de este periodo y no basta, solamente, con alzar la demanda”.

Al mismo tiempo estamos inmersos en otra crisis extremadamente seria, la dicha *biocrisis*: mas allá de pensar el cambio climático sólo como una tendencia devastadora de la crisis socioecológica que afecta al planeta, tenemos que enfrentarnos a una importante pérdida de biodiversidad (a la cual algunos científicos se refieren como la sexta gran extinción de la historia del planeta), a una creciente escasez del agua corriente utilizable, a la sobrepesca, la desertificación, la destrucción de los bosques, entre otros. Existen procesos específicos que dirigen cada una de estas crisis (la destrucción de ecosistemas específicos; la presencia excesiva de CO₂ en la atmósfera...), pero en última instancia todos ellos son resultado de una misma contradicción: la existente entre la expansión de la producción capitalista y las necesidades de la vida humana en sistemas ecosociales relativamente estables. La biocrisis es una crisis que afecta a nuestra vida (*bios*), a nuestra supervivencia colectiva en un

planeta *finito*, dirigido por la necesidad del capital de un crecimiento *infinito*.

Por tanto, al hablar de cualquier tipo de capitalismo verde, sea éste o no un Nuevo Pacto Verde, el dilema se manifiesta en que el capitalismo no puede *resolver* este antagonismo, de la misma manera que no puede resolver el antagonismo entre capital y trabajo. Al revés, un Nuevo Pacto Verde lo que intenta es *internalizar* este antagonismo el nuevo motor de crecimiento. Ejemplos serían los coches verdes o las tecnologías de ahorro energético. Pero los coches eléctricos aún utilizan energía eléctrica producida gracias a combustibles fósiles. Por su parte, las tecnologías de ahorro de energía necesitan, en primer lugar, un gasto intensivo de energías para ser producidas y, en segundo, el ahorro que se ha conseguido se quema cuando las energías ahorradas se reinvierten en actividades que consumen más energía todavía, lo que se llama el efecto rebote.

Obviamente es posible imaginar *teóricamente* un capitalismo cuyo crecimiento económico se produzca a través de combustibles neutrales en términos de carbón. Pero en el mundo del *capitalismo real*, el crecimiento siempre ha significado un mayor uso de energías, más efecto invernadero y una mayor destrucción ambiental. Pensémoslo en términos de cambio climático: en los últimos treinta años ha habido solamente dos casos *significativos* de reducción de CO₂. El primero fue el colapso de las economías socialistas estatales, orientadas al crecimiento de la Europa del Este, cuando el efecto invernadero de la economía soviética cayó en un 40%; el segundo es la actual recesión global, que comporta la reducción del consumo de gases y petróleo, y una caída del 5% en los niveles de emisión global. No quiero decir que un colapso incontrolado de la economía global, con las consecuencias globales que comporta, sea deseable; pero estoy seguro de que es imposible resolver esta biocrisis sin movernos del imperativo de crecimiento. Así que no creo que apoyar un Nuevo Pacto Verde sea una buena oportunidad para la izquierda, porque el proyecto consiste fundamentalmente en volver a dar fuerza al crecimiento capitalista – y es este crecimiento, en primer lugar, el problema.

FRIEDER OTTO WOLF Los debates actuales de la izquierda sobre si es necesario o no apoyar el Nuevo Pacto Verde son controvertidos y difíciles porque nos recuerdan dos problemas no resueltos. El primero es la vieja y nunca resuelta cuestión de la transición socialista, el proceso de transformación desde el capitalismo hacia el socialismo. El segundo se añade a un debate reciente sobre la relevancia de las cuestiones verdes en las políticas de la izquierda. En este contexto tan complejo, creo que la perspectiva de Tadzio frente a las diferentes propuestas en la mesa es demasiado simple. De hecho, la idea basilarda de un Nuevo Pacto Verde es políticamente irrefutable, e imposible de atacar desde la izquierda.

Obviamente es posible imaginar desde la teoría un capitalismo cuyo crecimiento económico se produzca a través de combustibles neutrales en términos de carbón. Pero en el mundo del capitalismo real, el crecimiento siempre ha significado un mayor uso de energías, más efecto invernadero y una mayor destrucción ambiental

El primer elemento es obvio y se refiere al hecho de que la constelación de crisis actuales representa una ocasión histórica, una ventana de oportunidades, para un cambio social verdadero. El segundo es que es muy plausible que nuestra mejor elección para aprovechar esta oportunidad consista en combinar las dimensiones económica (aumentando el empleo) y social (mejorando los servicios públicos) del Nuevo Pacto original, con una nueva cuestión verde que enfoque la crisis ecológica. Esta idea ha generado una amplia batería de propuestas de iniciativas políticas que todavía no está cerrada – lo cual significa que es posible tanto modificarla como añadir nuevos elementos.

La izquierda tendría que entender la propuesta de un Nuevo Pacto Verde como un paquete de medidas de emergencia, que es necesario considerar de acuerdo a cuánto sean eficaces a la hora de enfocar los problemas inmediatos creados por las crisis actuales; y, al mismo tiempo, debería desarrollar la capacidad de que sus propuestas se dirijan explícitamente a cuestiones y políticas de transición. Esto significa distinguir entre las medidas específicamente propuestas y las ideologías que se

supone que las apoyan y las propongan.

Permítanme mencionar algunos ejemplos concretos en contra de la posición muy general propuesta por Tadzio. La intervención del estado en los bancos puede ser efectivamente necesaria para evitar una crisis catastrófica de la finanza capitalista, con las consecuencias negativas que esto implicaría, como la pérdida en términos de pensiones y de ahorros – pero esto es una cosa muy distinta que salvar inversiones privadas a costa de los que pagan los impuestos, sin conseguir ninguna regulación efectiva del sistema. Al mismo tiempo, utilizar un sistema de precios como herramienta para una reducción planificada de las emisiones de gases responsables del efecto invernadero a niveles aceptables puede ser una buena idea – mientras que instalar un sistema de mercado de emisiones con precios de liquidación, además introduciendo elementos de compensación (como los bonos de carbono), es una cosa bastante distinta. La intervención estatal que apunta a regular determinados mercados, o a definir límites ecológicos precisos, no es de ninguna forma lo mismo que crear lo que se podría llamar un capitalismo verde. Combatir

el desempleo aumentando el gasto público es muy diferente a perpetuar la locura del crecimiento permanente.

TM Pero la cuestión no es si apoyamos o no una u otra política específica entre las que están en la mesa. La cuestión es cómo estas políticas específicas se articulan dentro de un proyecto político y económico más amplio, que pueda reemplazar el espacio liberado de la implosión, por lo menos ideológica, del neoliberalismo. Cada uno de estos proyectos tiene que elaborar un discurso era. Y en este sentido, la función de un Nuevo Pacto Verde es la de permitir la conciliación entre la necesidad de reiniciar el crecimiento capitalista y la realidad actual de la biocrisis. Sino como te explicas que el *Financial Times Deutschland* haya apoyado el Partido Verde alemán en las elecciones europeas, describiendo su proyecto de Nuevo Pacto Verde como “un motor de innovación fiel al los principios de mercado”?

Hasta la versión mas innovadora del Nuevo Pacto Verde, la propuesta por el *Green New Deal Group*, es culpable de dos omisiones cruciales. Primero, distorsiona el viejo New Deal, presentándolo como un pacto tecnocrá-



tico entre hombres respetables, entre el genio de la economía, Keynes, y el político pragmático, Roosevelt. En los hechos, aquel pacto fue el logro de las luchas de potentes movimientos obreros que obligaron al gobierno estadounidense a muchas medidas socialmente progresistas – el New Deal fue el resultado de luchas amargas y muchas veces violentas. Segundo, distorsiona la relación entre capitalismo y biocrisis. De acuerdo al *Green New Deal Group* no es culpa del capitalismo industrial, o fosilista, sino “del modelo actual (neoliberal) de globalización”. Se olvida la destrucción ambiental del fordismo y del taylorismo; se ignora el hecho de que el movimiento ambientalista ha luchado para prevenir esta devastación antes de la globalización neoliberal.

Estas omisiones están muy lejos de ser casuales: son sintomáticas de los objetivos políticos del proyecto. Primero, al centrar la atención en la devastación creada por el neoliberalismo se esconde el antagonismo irrenunciable entre la necesidad de un crecimiento infinito y el hecho que vivimos en un planeta finito. De aquí que, reiniciar el crecimiento capitalista de repente pueda parecer una buena idea. Segundo, la ausencia de la lucha en este “cuento” permite a quienes lo presentan contar otra vez el cuento de hadas de un capitalismo que de alguna manera es capaz de integrar armoniosamente todas sus contradicciones internas, creando una situación artificial donde hay ventajas para todos: el capital (y sus ganancias), el estado (y su legitimidad), el trabajo (con los empleos verdes y buenos) y el medioambiente (que ha sido salvado). Pero cuando Roosevelt hizo estable temporalmente el antagonismo de clase, los que pagaron fueron el medioambiente (que fue destruido), el Sur global (que fue arrasado por un sifón), y las mujeres (cuyos cuerpos y cuyo trabajo fueron sometidos a un durísimo control). El Nuevo Pacto Verde esconde el hecho de que en el capitalismo hay siempre alguien o algo que debe ser explotado.

FOW Tadzio critica el *Green New Deal Group* por contar cuentos de hadas y por olvidar la historia. Es así como, en primer lugar, resulta útil un poco más de perspectiva histórica de los hechos. Me gustaría aclarar algo que parece no ser considerado en la narrativa crítica que plantea el Nuevo Pacto Verde como orientado al crecimiento y ignorante del papel que juegan la lucha y el antagonismo. La primera vez que la idea se usó, provino de la izquierda! Cuando fue evidente – alrededor de 1989 – que la Perestroika liderada por Gorbachov fallaba en ofrecer una alternativa democrática, social y ecológica dentro del socialismo soviético, un grupo significativo de ecosocialistas empezaron a pensar en una Perestroika en el Oeste. Esto quedó traducido – sin duda con concesiones – en el primer proyecto rojo-verde de lo que en aquel momento era la Alemania Occidental: un intento de los socialdemócratas y del partido verde de entrar en el gobierno conjuntamente.

Esta propuesta original de Nuevo Pacto Verde no hizo ninguna declaración de fe al capitalismo verde y se concentró en proponer políticas específicas que pudieran corregir los problemas de paro, degradación ambiental y ofrecer una batería de medidas simultáneas y coherentes. Estratégicamente, se centró en desarrollar alianzas entre los existentes movimientos de trabajadores y los nuevos movimientos sociales que surgieron de las rebeliones de los años 60. Los ecosocialistas que instigaron estas propuestas tenían la esperanza de abrir espacios de debate y de lucha que pudieran ofrecer oportunidades a una propuesta más profunda y favorecer, en última instancia, una transformación socialista de la sociedad alemana que evitara el fin histórico del debate sobre el estado socialista al estilo soviético.

Históricamente, el proyecto de un Nuevo Pacto Verde no es necesariamente una renovación del capitalismo. Ha enfocado también la introducción de mejoras concretas y la constitución de amplias alianzas alrededor de estas políticas pero sin cesar de indagar en vías que permitieran superar el dominio del modo de producción capitalista sobre nuestra sociedad.

Esto significa que debemos secuestrar el Nuevo Pacto Verde, no rechazarlo. De hecho: hay alguna otra alternativa disponible? En la situación actual, el rechazo sólo puede significar dos cosas y ambas son imposibles de defender. Una, que no debe haber elementos “verdes” en las propuestas inmediatas de emergencia. O, la segunda, que pasaríamos directamente al socialismo, sin ningún tipo de apoyo en las llamadas demandas transitorias.

En lo que concierne a la cuestión de superar el capitalismo, hay un viejo debate dentro la izquierda que es una respuesta a la imposibilidad de realizar las revoluciones socialistas desde mitad del siglo XIX. A un lado se sitúan las posiciones “maximalistas” o “antipolíticas” que enfatizan la noción de una última “huelga general” que acabe con el capitalismo. En el otro, los defensores del “transformismo” defienden un proceso de transición. Desde los años 90 del siglo XIX este viejo desencuentro interno de los socialdemócratas ha sido redefinido como el enfrentamiento entre los defensores de la “reforma” (como un proceso pacífico gradual) y los partidarios de “la revolución” (como una toma violenta de los poderes establecidos). Esta segunda fase de debate se vio renovada después de la exitosa Revolución de Octubre en Rusia, cuando la idea de las demandas transitorias se convirtió en un concepto central para definir con mayor detalle lo que Rosa Luxemburgo y Lenin habían definido como la revolución de la *Realpolitik*.

La idea que subyacía las demandas transitorias era la de articular posiciones que consistían, por un lado, en reivindicaciones para conseguir mejoras concretas – un ejemplo serían las luchas para reducir las jornadas laborales. Pero, por otro lado, estaba la lucha por aquellas demandas (muy razonables) que permitirían lograr un momento revolucionario, haciendo hincapié en las relaciones de poder asociadas a la dominación de clase, e iniciando un proceso de mayor radicalización de las masas. Por razones contingentes, fue con ese debate en mente que partes de la izquierda radical en los Estados Unidos vivieron el *New Deal* – tanto dentro de la administración de Roosevelt, como en el sector vinculado a las insurgencias de las organizaciones de trabajadores relacionadas con la emergencia del sindicato radical y confederal, la CIO (Congreso de Organizaciones Industriales). En general, ellos no trabajaban bajo la ilusión de que ya existía un proceso de transición al socialismo, sino que creían que las políticas del *New Deal* podían abrir un sendero hacia aquella transición.

Rechazar el Nuevo Pacto Verde en su conjunto comporta no aprender lección alguna de aquellas que en las izquierdas teníamos que haber aprendido hace tiempo. Es mala política, y repite la desafortunada tendencia en la izquierda a desdeñar las meras mejoras, como por ejemplo aquellas logradas por medio de lo que se llamaba de manera extremadamente crítica como “sindicalismo”, mientras se pierde completamente el contacto con la realidad histórica.

TM Seguramente Frieder tiene razón cuando dice que no es suficiente rechazar simplemente algo, sólo por el hecho de que sea capitalista sin ofrecer otras

Nuevo Pacto (New Deal)

Nombre dado por el presidente estadounidense F.D. Roosevelt a un conjunto de políticas sociales y económicas editado en 1933–1935. Inclúan medidas de seguridad social y creación de empleos, bien como inversiones estatales masivas en infraestructura y la imposición de regulación mas estricta sobre el sector financiero. El Pacto, que daba a los trabajadores mas libertad de organización a fin de exigir y lograr salarios mas altos, tenía el objetivo inmediato de ofrecer alivio a las masas empobrecidas de la Grande Depresión, y empezar a sacar el país del descenso económico. En su libro, la Audacia de la Esperanza, Barack Obama describe el Nuevo Pacto como el intento de FDR para “salvar el capitalismo de si mismo”. Mientras el programa fue mas tarde asociado con las ideas del economista John Maynard Keynes, apenas en 1936 este último publicaría su General Theory, luego algunos años después del inicio del Pacto. De hecho, fue principalmente como consecuencia de la presión de los trabajadores y otros movimientos sociales que industrialistas y políticos se vieron forzados a aprobar este tipo de política progresistas.

alternativas, sobre todo dentro de una crisis social y ecológica tan aguda como es la actual. Pero este no es el caso del movimiento global contemporáneo por la justicia climática. En las movilizaciones hacia la cumbre sobre el clima de Copenhagen, la Red de Acción por la Justicia Climática ha articulado una batería de posiciones que esperamos que puedan funcionar mucho más como demandas de transición o direccionales. Algunos ejemplos pueden ser: “dejar los fósiles en la tierra”; “reconocer y reparar la deuda ecológica”; “reforzar los controles comunitarios sobre los recursos y la producción, tanto de comida como de energía”. Estas demandas se pueden resumir en dos temas principales. El primero es el de la *justicia climática*, a través del cual afirmamos que no hay manera de resolver la biocrisis que no pase por la redistribución masiva de riqueza y poder – y que al mismo tiempo implica que la biocrisis puede resolverse solamente a través de luchas colectivas. El segundo tema es, en búsqueda de una mejor definición, el decrecimiento, que se refiere a la necesidad de reducciones económicas planificadas de manera colectiva.

No se trata solamente de demandas presentadas a un gobierno o a una institución internacional (lo cual no significa que la acción gubernamental no juegue un rol importante). Al mismo tiempo son cuestiones alrededor de las cuales múltiples movimientos y posiciones pueden ir juntándose (lo que podemos llamar efectos compositivos). Nos proporcionan una visión antagonista que nos ayudará a escapar a la cooptación inmediata vivida por los movimientos globales (como en el caso del G8 de Gleneagles y la campaña *Make Poverty History*). Finalmente, nuestra lucha sobre estas reivindicaciones nos permitirá aumentar nuestro poder colectivo para lograrlas.

FOW Pero el solo hecho de llamar con un nombre diferente a la transición hacia el socialismo – sea “decrecimiento” o “justicia climática” – no resuelve el problema fundamental de la constelación actual de fuerzas sociales. Dicho de manera muy breve, no existe a día de hoy ningún sujeto político que tenga de manera plausible la capacidad de empezar efectivamente un proceso de transición socialista en ninguno de los países importantes dominados por un modo de producción capitalista.

TM Estoy de acuerdo con tu posición, cuando dices que las fuerzas sociales de la izquierda por el momento son bastante débiles – quizá con la excepción de América Latina. Pero no entiendo como, si empezamos desde esta debilidad, puedes llegar a la conclusión de que necesitamos empezar a elegir entre aspectos diferentes de diferentes nuevos pactos verdes, apoyando algunos y rechazando a otros. (De todas maneras, dadas las potentes fuerzas sociales ya en campo, nuestro apoyo puede ser bastante irrelevante). La eficacia de nuestra oposición dependerá seguramente del grado de poder colectivo que seremos capaces de construir en la situación actual! Y construir poder colectivo, diría yo, requiere la construcción de un sujeto, o sujetos, antagonistas, que se pueden construir sólo definiendo posiciones de oposición frente a las propuestas actualmente en la mesa.

En este proceso es importante recordar la lección del movimiento alterglobalista en el que muchas de las inspiraciones conceptuales e ideológicas para un ciclo de lucha global vinieron desde los movimientos del sur y no desde los centros de pensamiento político del norte. Yo creo que lo mismo está ocurriendo hoy.

El concepto de justicia climática se ha inventado en el Sur global y un movimiento se está constituyendo alrededor de esta consigna. Hoy en día se basa alrededor de una coalición de movimientos del Sur del mundo, que incluyen la red ambientalista Indígena y el movimiento global de campesinos y pequeños propietarios que es Vía Campesina, junto a grupos de activistas autónomos del Norte, como el Campamento por la Acción Climática en el Reino Unido. Pero va creciendo rápidamente mas allá de sus fundadores. Para decirlo de otra forma: los movimientos globales, después del fin del ciclo de las luchas contra el neoliberalismo, empiezan

a aglutinarse alrededor de la problemática de la biocrisis. Todavía no sabemos donde estos movimientos nos van a llevar, y como será este nuevo ciclo de luchas. Pero, aunque necesite tiempo, yo creo que es ahí donde está el mayor potencial de transformación social y ecológica para salir de esta crisis, más que en el apoyo a un Nuevo Pacto Verde que apunta de manera activa en volver a empezar la locura del crecimiento capitalista.

FOW Si te entiendo, pareces sugerir que la crisis climática, o la biocrisis, como la llamas, sea esencialmente una consecuencia de una crisis general del capitalismo. Pero, esto es verdad? Estamos enfrentándonos simplemente con la crisis del capitalismo, como me pareces sostener, o simplemente una crisis ecológica, como parecen afirmar algunos de los principales movimientos verdes? Yo diría que la humanidad está enfrentándose, en los hechos, a una *pluralidad de crisis sincrónicas* que no se pueden reducir una a otra. Si este es efectivamente el caso, sería un grave error histórico y político mirar a la crisis ecológica como crisis exclusiva del capitalismo, y centrarse en luchar contra la última ignorando la especificidades de la primera.

Para aclarar: señalar que tengamos que distinguir la crisis ecológica de la crisis de acumulación del capital no significa salvar el capitalismo de las problemáticas verdes. Hay buenas razones para afirmar, como dice en su último libro Joel Kovel, científico y activista que vive en Estados Unidos, que el capitalismo es “enemigo de la naturaleza” – en última instancia. La cuestión a la cual hay que responder en términos concretos es si hay que encontrar una materialidad y una contradicción específicas en la manifestación contemporánea de una crisis global ecológica de la humanidad. En breve, hay una autonomía, por relativa que esta sea, entre la crisis ecológica y las subidas y bajadas del capitalismo? Esta crisis ecológica global es tan importante que algunos expertos la están analizando como alba de una nueva edad geológica, que llaman Antropoceno, por la importancia de la actividad humana como principal causa de los cambios ambientales a nivel global. En lugar de pensar como Tazio que sería una locura apoyar al Nuevo Pacto Verde, yo pienso que, en los hechos, la locura se encuentra en su no reconocimiento de que, por ejemplo, el cambio climático o el colapso de la biodiversidad tienen una lógica propia.

Más importante todavía, las dinámicas de la crisis ecológica conllevan dos nuevos elementos a los cuales cualquier reflexión sensata sobre los debates estratégicos actuales debe prestar atención. El *primero*, la noción de irreversibilidad, y, *segundo*, la noción de la urgencia específica de encontrar una solución en un lapso de tiempo determinado (y de hecho bastante breve). El cambio climático – debido a los ciclos de tiempo profundamente diferentes en los cuales se desarrolla con respecto a los ciclos de la política o a los ciclos de la acumulación capitalista – amenaza con crear una situación irreversible en la cual la propia base de la cultura humana estaría destruida. Entonces, cualquier política basada en el principio “cuanto peor, mejor” – donde el progresivo empeoramiento de la situación puede verse como la razón principal y la garantía de una práctica revolucionaria efectiva – sería totalmente irresponsable, y sería (justamente) rechazado por parte de las multitudes a cualquier nivel. No hay tiempo para perderse en la tarea complicadísima de esperar que la izquierda acepte, a través de un debate político estratégico, este punto básico. Si no se introducen medidas decisivas en los próximos diez años, quedará muy poco por salvar – lo cual significa que en la situación histórica actual conseguir alivios inmediatos y ganar tiempo tienen que ser nuestras prioridades.

TM Cuando me centro en la cuestión del capitalismo y del crecimiento capitalista, no quiero en absoluto negar el hecho de que la crisis climática – y más en general la biocrisis – tenga dinámicas internas propias que no se pueden reducir a las dinámicas de la acumulación de capital. Obviamente el cambio climático está obligando a la izquierda radical a repensar el cuadro de sus prácticas políticas. La

humanidad, sin embargo, por cuanto sea explotada, oprimida y sujeta a dominación, tiene la increíble capacidad de regenerarse (casi) siempre. Adjúntale un poco de concepción hegeliana de la historia, y ya tienes una teleología en la que los comunistas estaban seguros que en última instancia la victoria sería suya.

Sin embargo, al llevar al sistema climático más allá de su estado actual de equilibrio, sería imposible volver al estado precedente – es decir que esperar de ganar en algún tipo de batalla final sería simplemente imposible. En breve, sí, hay una urgencia alrededor de las crisis ecológicas, y es justamente esta urgencia la que nos obliga a repensar algunas cuestiones. Pero no estamos de acuerdo en lo que es necesario repensar.

Primero, invocar la urgencia es esencialmente un paso político indeterminado. Quiero decir que cualquiera que invoque la urgencia generalmente lo hace para explicar por qué su propio programa debería tener prioridad respecto a los otros, y sobre el curso normal de las cosas. Es decir, no hay que hacer caso omiso de las llamadas a una acción “urgente”, pero hay que tomarlas con un grado de sano escepticismo.

Segundo, Frieder sugiere que al solapar la crisis climática con la del capitalismo estoy eludiendo la compleja cadena que media entre los dos fenómenos. Esto, afirma, me permite subrayar el capitalismo a coste de aquellos pasos que podrían realmente y en poco tiempo atacar la enormidad de la crisis climática. Sin embargo, el hecho de que, hasta el día de hoy, hayan sido *únicamente* las reducciones de crecimiento económico que han producido reducciones notables del efecto invernadero nos enseña que el capitalismo es el enemigo de la naturaleza no solamente en un último análisis místico, sino cada día, inmediatamente. Por ejemplo, hasta qué punto es realmente compleja esta cadena de mediaciones si el colapso de la economía soviética del 40% ha producido una reducción del 40% del efecto invernadero durante los años 1990?

Como último elemento, desde una perspectiva pragmática, no se entiende por que habría que gastar un montón de tiempo buscando maneras de reducir las emisiones que no sabemos si funcionarán (pensamos por ejemplo en los intentos de que el sistema del mercado de emisiones funcione), cuando ya *sabemos* que hay una vía? Para mí, la urgencia nos empuja a rechazar el Nuevo Pacto Verde, porque es fundamentalmente un proyecto que persigue establecer otra vez el mecanismo del crecimiento capitalista. Sobre esta cuestión, son los movimientos anticapitalistas “radicales” los más realistas, y son las posiciones moderadas las que se basan en un mero pensamiento esperanzador. En el mundo del capitalismo verde real, lo que conseguiríamos sería más comercio de emisiones (que, según algunos, será la próxima burbuja en explotar) y una mayor compensación de emisiones, como por ejemplo la posibilidad de pagar a compañías medio raras para generar reducciones de emisiones que permitan al Norte continuar a contaminar – un proceso que muchas veces ha comportado la destrucción de enteras comunidades indígenas, sin algún efecto positivo en términos medioambientales. Provocar alivios inmediatos en términos

Nuevo Pacto Verde (New Green Deal)

Aunque la idea haya emergido en debates ecosocialistas en la Alemania de los 90, el término hoy se refiere principalmente a propuestas con el intuito de solucionar “la triple crisis” (es decir, la combinación de las crisis económica, energética y del ambiente) por intermedio de un programa de inversión en “tecnología verde” y “empleos verdes” de larga escala. Las orientaciones políticas de las propuestas varían, desde la derecha, que lo ve como una oportunidad de modernizar ecológicamente el capitalismo contemporáneo, a la izquierda – como el Green New Deal Group del Reino Unido – que lo ven como una oportunidad de lograr un reajuste significativo de las estructuras globales de poder y avanzar una serie de agendas progresistas. A Green New Deal: Joined-Up Policies to Solve the Triple Crunch (Un Nuevo Pacto Verde: Políticas Integradas para Solucionar la Triple Crisis) está disponible en www.greennewdealgroup.org

de cambio climático significa empezar a dejar los combustibles fósiles en la tierra, significa moverse hacia un sistema global de soberanía alimentaria, significa romper los derechos de propiedad intelectual, transformar el comercio global y el sistema de transporte, y mantener una economía de crecimiento cero.

FOW Para mí el centro del debate queda establecido en las pocas palabras de un dicho chino que Mao Zedong solía utilizar, “un viaje de diez mil millas empieza desde el primer paso”. Sin la capacidad de indicar de manera efectiva un primer paso significativo y posible de lograr, las visiones radicales se revelan poco viables. Nada más que castillos en el aire para sostener esperanzas en un futuro mejor. Y estas visiones y esperanzas demasiadas veces dan pie a una “parálisis revolucionaria”, que prefiere no hacer nada (que no sea escribir tratados teóricos) para evitar ensuciarse las manos en la vicisitudes de la práctica política. Aceptar esta idea del primer paso nos obliga a repensar nuestras visiones socialistas, ecosocialistas y ecofeministas de manera más concreta.

Sin una urgencia subyacente no habrá nunca avances significativos en los debates políticos y teóricos. Es justamente ahora el momento en que nos enfrentamos al productivo desafío de tener que profundizar nuestras visiones ecologistas, feministas, y socialistas/comunistas. Sólo si avanzamos en esta profundización seremos capaces de distinguir los primeros pasos positivos de los pasos falsos. Los pasos falsos sirven para cerrar cualquier otra opción de un cambio radical y de una transformación estructural, y nos conducen a perder tiempo en callejones sin salida, como fue el caso de la propuesta de depender de los agrocombustibles para mitigar la crisis energética. Estos combustibles efectivamente han exacerbado la crisis global de la alimentación y su coste en términos de balance de emisión es igual de malo o peor que en el caso de los combustibles fósiles.

Los pasos positivos, por otra parte, no sólo constituyen una mejora efectiva y nos permiten ganar tiempo – sino que abren ventanas de oportunidad para profundizar en los cambios que permitirán imponer cuestiones de transformación social en la agenda histórica. Un ejemplo es la propuesta de hacer verdes el conjunto de las casas y viviendas, tanto para crear trabajos verdes y reducir el efecto invernadero, como también para abrir un amplio espectro de posibilidades a iniciativas locales y cooperativas capaces de cambiar la vida cotidiana de mucha gente.

Por esto no podemos rechazar la *problemática* que subyace en las propuestas actuales de un Nuevo Pacto Verde, aunque tengamos que prevenir que éstas sean controladas por parte de los Partidos Verdes como algo sobre lo que tienen casi un monopolio. Al contrario, tenemos que luchar para que sean nuestras propias luchas. En esta situación, secuestrar la idea del Nuevo Pacto Verde es la mejor y única opción para volver a poner el mundo en camino hacia una transformación ecosocialista.

Frieder Oto Wolff es un ecosocialista y miembro del Partido Verde alemán en la época de su fundación (1982). Entre 1984 y 1999, fue derrotado, representó el partido en el Parlamento Europeo. En este periodo ha seguido activo como filósofo político y profesor de filosofía en la Universidad de Berlín, bien como en diferentes redes políticas. Tazio Mueller participa activamente de la Climate Justice Action Network (Red por la Acción para la Justicia Climática) (www.climate-justice-action.org) y ha escrito muchos artículos sobre el capitalismo verde y el Nuevo Pacto Verde, entre ellos ‘Another capitalism is possible?’ (‘¿Es otro capitalismo posible?’), en Abramsky, K. *Sparkling a world-wide energy revolution: social struggles in the transition to a post petrol world* (Encendiendo una revolución mundial de la energía: luchas sociales en la transición rumbo a un mundo pos-petroleo). Es uno de los editores de *Turbulence*.

Traducido por Fric Horta Begoña Martínez y Francesco Salvini

¿En qué estabas equivocado diez años atrás?

Diez años después de las protestas en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio, *Turbulence* invitó a distintas personas del movimiento global a que nos cuenten en qué estaban equivocados en ese entonces, en t-10. En este texto, el editor **Rodrigo Nunes** explica las razones de esta convocatoria.



El 2009 quedará en la historia como el año de la mayor crisis capitalista en casi un siglo; quizá será también recordado como el momento en el que la crisis ecológica se estableció definitivamente como una preocupación generalizada, más allá de que esto tenga diversos significados para distintos grupos. Se cumple también este año el décimo aniversario de las protestas en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio, las que hicieron de 1999 el año en el que el movimiento “anti” o “alter-globalización”, o el “movimiento de movimientos”, o la “ola global”, devino un fenómeno mundialmente visible.

Es evidente que una de las razones por las cuales no se festejó este aniversario es que no hay mucho para celebrar. En todo caso, los problemas resalados en ese entonces parecen hoy más acuciantes y más agudas las amenazas que implican. Y mientras el peligro crece, el poder redentor parece desvanecerse. Resulta sintomático que, como plantea Olivier de Marcellus en esta edición, ‘lo que es literalmente “una oportunidad única en la vida”, nos encuentre asombrosamente desprevenidos’. La movilización

que se extendió en los años previos y posteriores a Seattle, la riqueza de las distintas experiencias, la capacidad de invención, la determinación y la esperanza de aquellos días parece mucho más débil hoy. Estamos en un punto en el que resultaría tentador volver la mirada hacia los debates de una década atrás y afirmar que la historia *nos dio la razón*. El problema es que resulta difícil encontrar un “nosotros” desde el cual sostener dicha afirmación.

Para este número, *Turbulence* invitó a grupos e individuos que estaban activos de diversas maneras en la época de la “ola global” a responder a una pregunta: “¿En qué estabas *equivocado* hace diez años?”. Algunos han elegido tomar esta pregunta como un interrogante dirigido al ciclo como totalidad, en sus dimensiones globales. Otros, como una pregunta dirigida a realidades nacionales o locales, o a las prácticas de ciertos grupos o movimientos en los que participaban. Algunos incluso la han tomado como una pregunta verdaderamente individual.

La frase “activos de diversas maneras” implica algo más que la referencia habitual y obligatoria a la diversidad de la composición social de ese ciclo.

Adelanta una hipótesis sobre el período: que no se trataba de un *movimiento*, sino de un *momento* – y que tal vez uno de sus problemas haya sido la confusión entre ambos. La distinción implica que lo que pasó entonces fue que la globalización misma hizo posible, por primera vez, que diferentes fuerzas sociales de todo el mundo fuesen concientes de la simultaneidad de sus luchas, sus puntos de superposición, sus efectos y diferencias mutuas (en términos de objetivos inmediatos, tácticas, formas organizativas, horizontes estratégicos), y que se comunicaran de formas que les permitieran desarrollar tanto el apoyo como el aprendizaje mutuo y converger en puntos comunes.

La cuestión no es, entonces, que “el movimiento” haya muerto sino que “el movimiento” nunca existió. Era un espejismo, producido en un momento en el que tuvo lugar un veloz e inmenso incremento de la capacidad de comunicación y coordinación y una amplia fascinación con la recientemente descubierta facultad para producir momentos de convergencia de un poder colectivo mucho mayor a la suma de sus partes. Lo que terminó siendo etique-

tado como “movimiento” entonces – mayormente, el ciclo de protestas y contracambios globales – no era más que la punta del iceberg. Lo que producía esas convergencias era una red mucho más profunda de conexiones, tanto directas (cuando los grupos desarrollaban instancias de comunicación y coordinación entre sí) como indirectas (cuando una historia o experiencia inspiraba algo en otro lugar). Y estas conexiones se daban entre iniciativas que eran algunas veces muy locales, otras muy distintas y en ocasiones incluso contradictorias.

Hablar de espejismos no implica desestimar ciertos efectos muy reales. Cada convergencia realimentaba a las iniciativas participantes, creando o reforzando conexiones y, sobre todo, fortaleciendo lo que resultó lo más singular de aquel momento: el hecho de que se planteó a sí mismo como global. Hubo otros ciclos de lucha que se desplegaron por el mundo – el de la década de los '40 en el siglo XIX y el de la década de los '60 en el siglo XX, para nombrar sólo dos. Pero lo que resultó único en el ciclo que se inició hace una década fue que el potencial incrementado para el intercambio y la producción de una trama común (commonality) resultó en una creciente conciencia de los diferentes impactos de la globalización neoliberal, de su interconexión, de las formas adoptadas por la resistencia a estos impactos y los modos en los que éstas podían ser articuladas.

Esta fuerza, sin embargo, luego se revelaría también como una debilidad. El “nosotros” de ese período devino progresivamente estabilizado en correspondencia con el “nosotros” de las protestas y las contracambios. Un “nosotros” diverso y multitudinario, sin dudas, pero también un “nosotros” que sólo logró sostenerse a sí mismo dada la naturaleza efímera de dichas convergencias, sus temáticas negativas y exteriormente establecidas, y la retroalimentación positiva producida por su propia fuerza mediático-espectacular. Y lo que resulta más problemático aún es que esto generó la ilusión de que lo que sólo era la faz más visible de lo que estaba pasando en todo el mundo era *efectivamente* el movimiento – siendo tratado progresivamente como “la cosa en sí”, un fin en sí mismo en lugar de una herramienta estratégica y una serie de movimientos tácticos en lo que debería haber sido la constitución de “otro mundo”.

El problema es que resulta imposible *habitar* esta dimensión global en tanto tal. En primer lugar, porque este tipo de convergencias no bastan para producir un movimiento. Por más crucial que resulte mantener abierta la capacidad de focalizar la actividad en un momento y un lugar determinados, dicho potencial existe sólo como *consecuencia* de una capacidad construida a escala local, no como su sustituto. La comunicación a escala global es posible sólo en la medida en que existan luchas locales activas. En segundo lugar, porque privilegiar las convergencias con frecuencia mina los recursos para la construcción local, cuando el objetivo debería ser, precisamente, que las primeras *reforzaran* la segunda. De no ser así, esto termina significando que el antagonismo, en lugar de constituir la contracara necesaria de la construcción de autonomía, la reemplaza; y, al hacerlo, deshace el suelo en el que podría encontrar apoyo.

Tomadas de este modo, las convergencias terminarían operando mayormente en un nivel *representativo* (incluso a pesar de sí mismas): como vías de *expresión* de un disenso que no tenía forma de *reforzarse* a sí mismo. Este disenso, por supuesto, tiene cierta efectividad en las democracias parlamentarias, siempre que se corresponda con una masa de electores suficientemente grande como para constituir una variable electoral relevante. Esto resalta otra de las razones por las cuales lo global es inhabitable, al menos para las dimensiones antagonistas de la política: en sí mismo, ofrece muy poco espacio para la demostración de fuerza o el planteo de exigencias, dado que *no hay nadie a quien interpelar de forma directa*.

Como consecuencia, muchos decidieron desvincularse por completo de la dimensión “global”, dirigiendo sus energías nuevamente a la escala

local. En otros casos, la investidura de lo “global” a expensas de lo “local” condujo a una desconexión entre la “política” y la “vida” (como describen tanto Amador Fernández-Savater y las ex integrantes de Precarias a la Deriva), con sus riesgos de conducir al agotamiento o de reemplazar la consistencia de una construcción lenta por los efectos más rápidos y amplios – pero también (con frecuencia) menos sustentables – de los medios de comunicación (como señala Trevor Ngwane).

Por supuesto, como algunos invitados señalan, hay otra razón muy específica por la cual esta dimensión global de volvió progresivamente inhabitable: el escenario en el cual ese momento de despliegue cambió de forma significativa después del 11 de septiembre y la aparición de la “Guerra contra el Terrorismo”. No sólo se desplazó el foco principal del conflicto – los Estados “buenos” contra los Estados “parias”, el “fundamentalismo” contra la “democracia”, el “Islam” contra “Occidente” – sino que la confrontación se pasó a un nivel en el que ningún movimiento quería o podía ocupar: el aparato estatal versus el “terrorismo”. E incluso más, la combinación de una sensación de alarma constantemente reforzada y el despliegue de medidas legislativas y ejecutivas que avanzaron en todas las esferas y sirvieron para criminalizar a los movimientos sociales tuvieron como impacto subjetivo el reforzamiento del aislamiento, el miedo y los sentimientos de impotencia. La alegría descubierta en la acción colectiva (incluso a distancia) y que había sido uno de los elementos más importantes a la hora de mantener al momento unido se volvió más difícil de obtener. Las resacas, producto de los anteriores momentos de exceso, fue matizada con tonos más oscuros y ansiosos.

Las críticas y las preguntas aquí esgrimidas son retrospectivas. Hablar de un ciclo que ha perdido su efervescencia, como si ello fuese puramente el resultado de sus dificultades internas, o imaginar cómo podrían haber sido las cosas en otras circunstancias, puede parecer demasiado especulativo. Deberíamos preocuparnos por el presente, no por el pasado.

¿Porqué, entonces, preguntarnos en qué estamos *equivocados*? Precisamente porque se trata de un modo de explicitar en que resulta distintivo del presente. Tenemos que evitar el convertir el hecho de que muchos de nuestros análisis se han confirmado en una oportunidad para simplemente dar vuelta el reloj asumiendo que tuvimos razón en todo lo demás. El peor resultado posible de todo esto sería que habilitase la resurrección de oposiciones estériles y falsas dicotomías, el afianzamiento de posiciones e identidades, la evasión de debates que debemos recomenzar, el regreso a un “nosotros” cuya desaparición (o, al menos, cuya existencia problemática) es necesario poner en cuestión y analizar – una resurrección narcisista que podría eventualmente prevenir la constitución de un nuevo “nosotros”. En síntesis, todo lo que podría dificultar la emergencia de un nuevo terreno común.

Lo que proponemos podría entonces, quizás, describirse como un ejercicio terapéutico que permita la evaluación colectiva de lo que ha cambiado en nuestros movimientos y en el mundo en los últimos diez años, y que abra la posibilidad de una nueva vulnerabilidad que funcione como precondición para nuevos diálogos. En más de un sentido, se trata de un ejercicio analítico, o de su punto de partida. Un intento, difícil pero necesario, de transformar el trabajo de duelo de las luchas de la última década en una gozosa afirmación de la persistencia de su promesa en el presente.

■ Rodrigo Nunes, filósofo, estaba abocado a tareas de organización local diez años atrás, hasta que se topó con un “movimiento global” cuando el Foro Social Mundial se mudó a su patio trasero en Porto Alegre. Hoy está de vuelta en Brasil, luego de muchos años en el Reino Unido. Es miembro del colectivo editorial de *Turbulence*. Este artículo fue publicado como Epílogo de la serie de textos T-10 en el Número 5 de *Turbulence*.

Traducido por Franco Ingrassia



DESPUÉS DEL FIN DE LA HISTORIA

En 1999 estuvimos situados en forma diferente que muchas otras activistas estadounidenses involucradas en el movimiento contra-globalización. Mientras algunos de nuestros compañeros se centraron en la injusticia extranjera, nuestro punto de partido fue la alienación de nuestra vida cotidiana como trabajadores o *lumpen-burguesía*.

Esto le dio a nuestra rebelión una cierta urgencia, pero también significaba que empezábamos con poca visión de largo plazo o perspectiva global. Nos propusimos desacreditar el mito de la felicidad y alegría burguesa que mantenía los trabajadores y los gerentes en sus cintas de correr. Esto puede haber sido una estrategia buena en los 1990s, pero no estábamos preparados cuando la placidez exagerada del orden dominante reventó en una serie de desastres y el “fin de la historia” empezó a parecer más como el fin del mundo.

Habíamos contado con la estasis como un aspecto esencial de la dominación, no prediciendo que la dominación también podría ser perpetuada a través del crisis.

Crimethinc ex-Worker's Collective (Colectivo *Crimethinc* de ex-Trabajadores) es un colectivo anarquista descentralizado, hecho de muchas células que actúan de forma independiente en la búsqueda de un mundo más libre y lleno de alegría.

¿CUÁNTO CUESTA ESE CISNE NEGRO DE LA VENTANA?

Cuando me preguntaron en qué estaba equivocado diez años atrás, lo primero que pensé fue en mis certezas juveniles *treinta* años atrás. En ese entonces Jimmy Carter era el presidente de los Estados Unidos y yo estaba seguro de que estaba *tan* a la derecha que el país no podía avanzar más en ese sentido. ¡No había posibilidad alguna de que Ronald Reagan pudiese ser elegido presidente! Pensábamos que Carter iba a deslizarse hacia la reelección y que entonces algún tipo de cuasi-izquierda social y democrática, probablemente verde, desafiaría el duopolio Demócrata/Republicano en 1984... Nos equivocamos profundamente.

Lanzamos la revista *Processed World* en 1981 imaginando que seríamos parte de un levantamiento obrero en la esfera de la

circulación. Trabajadores bancarios, empleados administrativos temporales, empleados de las compañías de seguros, secretarías y programadores de algún modo acordaríamos que el trabajo que realizábamos era completamente inútil y contraproducente y, a través de tácticas diseminadas de desinformación y sabotaje disruptivo, ayudaríamos a hundir al sistema capitalista. Equivocados otra vez.



¡ANALIZA ESTO!

¿En qué estábamos equivocados hace diez años, cuando nuestra acción directa masiva hizo que se clausurara la cumbre de la OMC en Seattle? Yo diría que fallamos al articular y compartir lecciones y que permitimos que nuestro movimiento de movimientos fuese estrechamente definido y contenido.

Luego de esas protestas muchos de nosotros pasamos a todo vapor a la nueva ronda de actividad organizativa. No nos tomamos el tiempo para analizar lo que había funcionado y lo que no y por qué. Y ahora una larga serie de acciones masivas actuales en los Estados Unidos carecen de las lecciones que cientos de organizadores podrían haberles aportado. Como escribe el investigador militante Paul de Armond en *Black Flag Over Seattle (Bandera negra sobre Seattle)* su análisis externo de la batalla de una semana entera de 1999, las fuerzas de seguridad, las autoridades gubernamentales y hasta la Unión Estadounidense para las Libertades Civiles (*American Civil Liberties Union*) han efectuado instructivos análisis de la Batalla de Seattle. Por contraste, ninguna de las organizaciones que participaron en la protesta ha elaborado un balance de las estrategias y tácticas allí utilizadas, por más que la Internet esté repleta de crónicas testimoniales.

Muchos movimientos y redes convergieron en



Seattle y, al revolotear alrededor de la OMC mediante sus alianzas accidentales y *ad hoc*, abrieron un espacio. Pero hemos permitido que este espacio fuese estrechamente definido como el "movimiento anti-globalización" o "el movimiento por la justicia global". El movimiento por la justicia global no existe. En el mejor de los casos la "justicia global" es un espacio común de convergencia – un marco en el que todo aquel que lucha contra el sistema de la globalización corporativa (o el capitalismo, el Imperio, el imperialismo, el neoliberalismo, etc.) y sus consecuencias en nuestras comunidades puede reconocer una lucha común y hacer que todos esos

Escarmentado por no haber podido anticipar el giro derechista de la política estadounidense, ni el colapso de la Unión Soviética ni nada importante que hubiese sucedido en el último cuarto de siglo, dejé de elaborar pronósticos mucho antes hace diez años. Aún así, viajé a Seattle para participar de las protestas contra la OMC, bastante seguro de que no iban a contar demasiado. Y me equivoqué. Estuve luego en Washington en el año 2000 para participar en las protestas contra el Banco Mundial y el FMI, pero no tenía expectativas de que resultaran demasiado efectivas – y acerté! No tuve grandes expectativas acerca del movimiento anti o alter-globalización, siendo de todos modos un cauteloso participante y partidario del mismo.

No esperaba el 11 de septiembre – pero cuando sucedió, no me sorprendió y no me horroricé ni remotamente tanto como la mayoría de la gente que conozco. De inmediato, recordé una novela de Harvey Swados, *Standing Fast*, que relata la historia de un grupo de ultraizquierda (basado libremente en la Tendencia Johnson-Forest de CLR James y Raya Dunayevskaya) desde sus luchas intestinas en 1934 hasta 1963, cuando Kennedy es asesinado. Uno de los temas más absorbentes del libro es la función de la guerra como factor dispersante y disgregante de las redes sociales que constituyen la columna vertebral de las luchas. En la época en la que los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial, un gran número de personas participaban de sindicatos, partidos y grupúsculos; el efecto de la guerra fue como tomar a todos esos grupos sociales y tirarlos por los aires como si fuesen confites. Cuando volvieron al suelo todos estaban en un lugar distinto: había que comenzar todo de nuevo, pero en un nuevo territorio (geográfico, político y psicológico).

De forma similar, el 2001 era en términos globales un año de gran efervescencia. Si bien la frase "otro mundo es posible" estaba lejos de constituir una agenda política coherente, se encontraba tomando velocidad antes de ser temporalmente descarrilada por la beligerancia imperial recargada de una bestia herida.

En el 2009 el cambio climático global se viene dando a paso acelerado y la Gran Crisis del capitalismo está aquí, pero a la vez no lo está. ¿Podrá el capitalismo arreglárselas por otro año o por otro siglo? Es fácil decir que el cielo está cayéndose (es probable que así sea), pero

no podemos conocer el futuro. Y en especial no podemos conocer por anticipado la eficacia de nuestros comportamientos, de nuestras elecciones. No tenemos la certeza del "éxito" pero aún así debemos comprometernos. La historia es nuestra para que la construyamos. De a un día, un año, una generación a la vez.

Chris Carlsson es un activista y escritor residente en San Francisco. Su último libro se titula *Nowtopia: How Pirate Programmers, Outlaw Bicyclists, and Vacant-lot Gardeners are Inventing the Future Today. (Ahoratopía: Cómo los programadores piratas, los ciclistas forajidos y los jardineros de terrenos baldíos están inventando el futuro hoy)* www.chriscarlsson.com



GRANDES EXPECTATIVAS

Responder a la pregunta: "cuales son los errores que cometimos en los últimos diez años?" se me hace un gran reto. No puedo hablar por la izquierda socialista, diversa y fragmentada, pero hay dos puntos que puedo contribuir a la sesión de terapia en grupo.

Las expectativas estaban muy altas. Cuando tanta gente se dirigió de Inglaterra a Genova vi un movimiento formándose que sería mas grande y mas poderoso que cualquier cosa que se había visto desde antes de 1968. Eso fue solo dos meses antes del 11 de Septiembre. El grupo *Globalise Resistance* (Globalizar la Resistencia) estaba en su infancia y jugó un gran rol en movilizar la mas grande cantidad de gente en la historia de Inglaterra en una manifestación fuera del país. Dos años después ocurriría la manifestación mas grande de la historia de Inglaterra, contra la guerra. Pero ir de una cuestión o campaña a otra no fue tan fácil como hubiera podido ser. Las narrativas que nosotros

esfuerzos se acumulen. El concepto de un único "movimiento" concentrado en la "cuestión" de la globalización corporativa es utilizado tanto por los medios corporativos de comunicación como por los autores de izquierda, con frecuencia con el objeto de estrechar al movimiento de movimientos, marginalizar sus ideas o declararlo muerto.

Lo mismo sucede ahora con el movimiento de movimientos por la "justicia climática" – el actual espacio de convergencia contra el sistema. Podemos convertirlo en un espacio de convergencia para todos quienes luchamos contra el catastrófico sistema político y económico que produce el cambio climático (y que ofrece además falsas soluciones para el problema). O podemos dejar que sea definido estrechamente como un movimiento centrado en la "cuestión" del cambio climático.

En 1999 **David Solnit** intervino en Seattle junto a la *Direct Action Network (Red de Acción Directa)*. Actualmente participa en la *Mobilisation for Climate Justice West (Movilización por el Cambio Climático – Oeste)*. Ha participado como editor en la publicación de *Globalize Liberation (Globalizar la Liberación)* y ha coescrito y coeditado (junto a Rebecca Solnit) *The Battle of the Story of the Battle of Seattle (La batalla por la historia de la batalla de Seattle)*. Es miembro del *Seattle WTO People's History Collective (Colectivo de Historia Popular sobre la Cumbre de la OMC en Seattle)*. www.realbattleinseattle.org

(como un solo movimiento) presentamos sobre la conexión entre la toma del mundo por las corporaciones y el militarismo podrían haber sido mas claras y convincentes.

Las manifestaciones internacionales definitivamente fueron emocionantes e inspiradoras y sirvieron para darle vigor al movimiento; pero creo que nos enfocamos demasiado en esas movilizaciones y fallamos en construir grupos de activistas auto-sustentados locales.

Guy Taylor es un exmiembro del *Socialist Workers' Party (Partido Socialista de los Trabajadores)* de Inglaterra y de *Globalise Resistance*.

MAS ALLÁ DEL ESPECTACULAR

A fines de los 90 surgió un movimiento que nombró como enemigo el capitalismo global y empleó movilizaciones de larga escala y la acción directa para confrontar su agenda. Tuvo sus limitaciones políticas, pero logró conectar movimientos de resistencia en países oprimidos y llevo su lucha a comunidades bajo ataque.

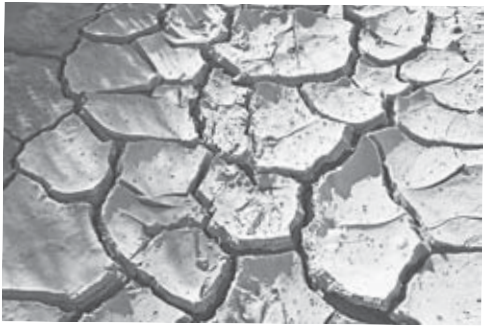
Este desarrollo dio ímpetu a muchos movimientos sociales, incluso a los que luchan contra la pobreza. Mirando hacia atrás, mientras nuestra organización se beneficiaba con esto, subestimamos el poder del mal liderazgo conservador en sindicatos y agencias sociales y su capacidad de contener la resistencia o dirigirla a formas que no presentan amenaza al capitalismo. "La larga retirada se acabó", anunciamos en el 2001 para tratar de comenzar una resistencia generalizada al gobierno de ultraderecha de Ontario entonces. Hemos seguido peleando y logramos mismo algunas victorias, pero ahora, mientras vemos sindicatos negociar austeridad para trabajadores en la crisis



económica actual y redes de ONGs reducir la resistencia a la pobreza a "pláticas constructivas" con gobiernos, tenemos que darnos cuenta de que los mecanismos de contención son más difíciles de deshacer de lo que pensábamos.

El capitalismo está en una gran crisis y las condiciones para retarlo están surgiendo, pero una radicalización espectacular pero delgada no será suficiente. Tenemos que avanzar demandas y ejercer estrategias que abren posibilidades de crear un movimiento de masas real que rechaza las "soluciones" de este sistema y lucha por transformación social.

John Clarke ha sido activo con el grupo *Ontario Coalition against Poverty* (Coalición contra la Pobreza de Ontario) desde que se formó en 1990. Antes de estar involucrado con movimientos antipobreza él fue activo en luchas sindicales como trabajador de hospital en Inglaterra y como trabajador de producción en Canadá.



LEYES NATURALES, SISTEMAS SOCIALES Y LOS LÍMITES DEL CRECIMIENTO

En los 90 yo pensaba que el cambio climático, en la década siguiente, iba a volverse cada vez más discernible de la variabilidad climática de fondo – pero que se traduciría en una problemática relativamente lenta y distante para la humanidad. Pensaba que la actual extinción masiva de especies, la sexta en la historia de la Tierra, plantearía problemas más urgentes para un número mayor de personas. Resulta que, al igual que muchos otros científicos y activistas, subestimé tanto la *magnitud a corto plazo* de los efectos de la creciente concentración de gases invernadero (como el dióxido de carbono) en la atmósfera como la *velocidad* con la cual dichos cambios se están produciendo. Esto pasó, en parte, a causa de las subestimaciones dominantes de las cantidades precisas de combustibles fósiles que serían globalmente utilizados: las emisiones de gases actuales superan incluso las predicciones más pesimistas sugeridas en ese entonces. Se suma a ello que hemos descubierto que los ecosistemas, y las personas que dependen de ellos de modo más directo, son altamente vulnerables a cambios climáticos relativamente pequeños. Y con frecuencia las consecuencias resultan devastadoras. En cambio, los ecosistemas parecen ser relativamente resilientes a la pérdida de especies individuales, dado que otras especies funcionalmente similares suelen ocupar el rol de la especie extinta.

Sin embargo, existe una narrativa más amplia acerca de las equivocaciones de los científicos ambientales como yo en el pasado reciente. En su mayor parte, dejamos de hablar sobre los *límites* del crecimiento económico infinito en un planeta hecho de materiales *finitos* que pueden ser transformados en recursos utilizables – y de los límites del subsiguiente procesamiento ambiental de los materiales de desecho generados por esta transformación. En 1972 el (tristemente) célebre estudio *Los límites del crecimiento* publicado por el Club de Roma fue inmediatamente cuestionado por los economistas del libre mercado. Este cuestionamiento fue personificado por la apuesta establecida entre el economista Julian

Simon y el científico Paul Ehrlich en torno al precio de los metales. Ehrlich apostó que el precio de los metales selectos *aumentaría* a medida que su escasez se incrementara. Simon, por su parte, afirmó que los mecanismos del mercado producirían una *caída* en los precios. Y, de hecho, éstos cayeron. El resultado de esta apuesta constituyó una ayuda más para que la intensificación de la influencia de la ideología neoliberal que afirmaba que la inteligencia del mercado podría ella sola llevar a que el progreso social eluda cualquier límite ambiental.

Sin embargo, el cambio climático ha sido descrito como "el mayor fracaso del mercado en la Historia" por Nicholas Stern, ex Economista Jefe del Banco Mundial. Los científicos ambientales están hoy de nuevo donde estaban en la década de los 70, teniendo que argumentar que los límites son reales y que no encontraremos seguridad en las manos invisibles de la economía del *laissez-faire*.

Ehrlich perdió la apuesta porque no logró comprender que los precios son sensibles a las innovaciones tecnológicas que pueden incrementar la oferta, y que la demanda puede alterarse ya que en ocasiones nuevos materiales pueden sustituirse si los precios aumentan. Sin embargo, Simon estaba fundamentalmente equivocado: los mercados pueden extender los límites ambientales, pero no pueden abolirlos. En el 2008 el investigador Graham Turner analizó la información real sobre el crecimiento económico, la población, la producción de alimentos y demás entre 1970 y el 2000 y comparó estos datos con las predicciones del Club de Roma sobre el mismo período. Los pronósticos estándar se comparan "favorablemente" con lo que verdaderamente ocurrió en el mundo real. La mala noticia es que este modelo predice que de continuar el crecimiento económico durante el inicio del siglo XXI, y de seguirle el ritmo la población y la producción de alimentos, se producirá un creciente estrés ambiental a causa de los agentes contaminantes de larga vida que resultará en un colapso global – una drástica reducción de la actividad económica, de la producción de alimentos y de la población humana – en la mitad del siglo, cuando se infrinjan los límites ambientales.

Nuestro sistema socioeconómico está construido por *personas* y no obedece a "leyes naturales" de la economía similares a las de la física. Sin embargo, es un subsistema situado al interior de una biosfera, y ciertamente opera *de acuerdo* con las leyes de la física. Sin un mayor reconocimiento de estos hechos es muy posible que pronto veamos hasta qué punto podemos llegar a desestabilizar nuestras sociedades al ignorar sus efectos en el sistema de la Tierra.

El Dr. **Simon Lewis** es investigador del Instituto de la Tierra y la Biosfera de la Universidad de Leeds, donde estudia los modos en los cuales los humanos están alterando los modos de funcionamiento de la Tierra en tanto sistema. También está involucrado con *Climate Camp* (Campamento de Acción contra el Cambio Climático) en el Reino Unido.

INGLESES Y PERROS LOCOS

"Eso lo intentamos a principios de los años 80... Nunca funcionará... por esta, esta y esta otra razón." En algún momento, a mediados de 1998, algunas personas comenzaron a abordar la idea de producir una acción en el corazón del distrito financiero de Londres. Resultaba simple para nosotros desestimarla. Nosotros ya lo habíamos intentado. Nuestras cínicas y veteranas cabezas recordaban las manifestaciones "Paren la Ciudad" del 83 y del 84. Y despreciábamos el entusiasmo, la ingenuidad de los cuerpos más jóvenes.

Por supuesto, el "Carnaval contra el Capital" – "J18" – se convirtió en un acontecimiento significativo. En Gran Bretaña, los titulares de los periódicos aullaban la palabra "anti-capitalista" y las movilizaciones sostenidas en todo el mundo



durante ese día construyeron la antesala de lo que sucedería en Seattle cinco meses después.

Algunas veces es difícil escapar de nuestra propia sombra. El análisis y la experiencia pasada nos proveen de iluminaciones esenciales, pero también pueden echar una sombra que oscurezca o distorsione el optimismo y la apertura a nuevas posibilidades. En particular, los juicios tajantes y el cinismo "saludable" pueden cegarnos ante el hecho de que las situaciones cambian. ¿Por qué el J18 resultó un éxito, por qué resonó ahí donde "Paren la Ciudad" fracasó? Porque el contexto había cambiado: 1999 no era 1983. No es posible bañarse dos veces en el mismo río.

Y el río ha continuado fluyendo. No sabemos cuáles serán los momentos importantes del 2010 o del 2011. Sucederán acontecimientos. Y los acontecimientos siempre excederán el análisis. La pregunta es *¿cómo los reconoceremos?* Mientras estamos concentrados en los potenciales y las contradicciones de las luchas en torno al cambio climático, ¿reconoceremos la importancia de una huelga de obreros de una refinería – igualmente caótica y llena de contradicciones? En ocasiones resulta necesario suspender el juicio y controlar el cinismo. Nuestros análisis siempre tienen que permanecer permeables a los acontecimientos. Durante la década de los 90 miembros de **The Free Association** participaron en la *Class War Federation* del Reino Unido. Fueron parte de una facción que intentó disolver *Class War* en 1997. Colaboraron en la organización de *MayDay '98*, un encuentro que se propuso reunir a una generación previa de anticapitalistas con los florecientes movimientos contraglobalizadores y del ecologismo radical en el Reino Unido. Sus escritos colectivos pueden encontrarse aquí www.freelyassociating.org.

MITOS vs. MAQUINAS DE PROBLEMATIZAR LA VIDA

No sé si la cosa es que yo estuviera "equivocado". Creo que se trata más bien de que no había hecho un descubrimiento: la revelación de la potencia (común) del pensamiento. Ranciére lo llama "la buena nueva" y es, ciertamente, un acontecimiento que marca un corte, un antes y un después. Pensamos



verdaderamente cuando nos enfrentamos de verdad a nuestros verdaderos problemas.

A falta de ese encuentro, creo que a mí me interesaban entonces sobre todo formas de "propaganda dulce". La mitopoiesis era una especie de magia blanca que oponer a la magia negra del sistema (su red de imágenes y discursos). Pero magia al final y al cabo, que aspiraba al hechizo y el encantamiento, es decir, que jugaba en el filo de la ingeniería social. No por casualidad entonces se trataba sobre todo de "crear movimiento". La propaganda reúne, propone modelos y soluciones, sintetiza y simplifica, apuntala identidades.

Hoy sólo veo fuerza en el pensamiento, que no es una máquina de contra historias, sino una máquina de problematizar la vida. La propaganda es como una voz en off: no sale de ningún sitio particular (por mucho que hable de subjetividad). Es una palabra de pura exterioridad. Por eso mismo no es capaz de sacudir, de afectar. Sólo es creíble la palabra de quien piensa desde su propia vida, una vida que discurre siempre en muchos planos (no el sí-mismo recortado de la militancia). Esa es la palabra de la que uno puede verdaderamente responder, responsabilizarse.

La propaganda desea la hegemonía, compite. Por eso su palabra genera rechazo. Tras ella siempre hay una posición acumulando poder de representación. La palabra crítica, si quiere circular, ha de constituirse como lugar común, espacio vacío, infinitamente reapropiable, resignificable... Diez años después me asalta esta pregunta: ¿y si luchar no pasase por desproblematicar ni convencer? ¿Entonces?

Amador Fernández-Savater participó activamente de algunas iniciativas de la 'ola global', como Indymedia Madrid. Hoy él investiga nuevas formas de politización a partir de diferentes espacios. Un sitio donde se puede seguir su producción actual es su blog en el periódico Público: blogs.pUBLICO.es/fueradelugar

LA DÉCADA PERDIDA

Hace diez años, Brasil vivía el auge de la política neoliberal. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso había hecho el trabajo más sucio en los primeros cuatro años de su mandato. Para la clase trabajadora, la hegemonía privatista e financista fue impuesta *manu militari*. Fue el periodo de la intervención del ejército en la huelga de los petroleros y de dos grandes masacres campesinas, en Corumbiara (nueve muertos) y Eldorado dos Carajás (21 muertos).

Parcelas significativas de la intelectualidad e de la izquierda institucionalizada se adhirieron al neoliberalismo en las universidades, entidades e mismo algunos partidos dichos de izquierda.

En este momento, subestimamos la nueva hegemonía. Mareados con tan grande derrota, todavía apostábamos casi todo en una posible victoria electoral de Lula en 1998, en ni mismo él creía más.

Así, dejamos de hacer un balance crítico serio y profundo de la gravedad del neoliberalismo e sus consecuencias, y no supimos darle un combate decisivo a las privatizaciones. No supimos organizar nuestra militancia para construir nuestros propios medios de comunicación, e seguimos iludidos con pequeños espacios e brechas en los medios da burguesía, en especial la televisión. Erramos en no priorizar escuelas de formación de militantes y cuadros, que fuesen capaces de analizar con profundidad el nuevo contexto de la lucha



de clases. Perdimos casi todo lo que habíamos construido en el período de ascenso anterior (1979-90).

Así perdimos una década en la que la hegemonía del capital se consolidó, las izquierdas se fragmentaron, el movimiento sindical se debilitó y los movimientos sociales no tuvieron fuerzas para reaccionar.

Quizás podamos aprender con estos errores, y ahora volver a invertir en las luchas sociales, la formación de militantes, la construcción de nuestros medios de comunicación, en el debate de un proyecto popular para el país, para construir un nuevo período histórico de ascenso del movimiento de masas, sin lo que no vamos a cambiar la correlación de fuerzas – como felizmente ya vemos pasar en algunos países vecinos.

João Pedro Stédile es miembro de la coordinación nacional del MST (el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra de Brasil) y de la red internacional de movimientos campesinos, *Vía Campesina*.

EL CUERPO DE LA POLÍTICA

Hace diez años nos atravesaron algunas certezas: que hacer política no podía ser una cosa de cuatro: teníamos que conectar con otros muchos; que nos faltaban nombres con los que dar cuenta de nuestra propia experiencia: quisimos dibujar cartografías que resituasen lo que nos pasaba (nuestras vidas, la precariedad, la privatización del mundo, la movilidad); que la política no podía ser una cuestión de identidad: pasaba por elaborar situaciones compartidas junto a otros diferentes (preguntábamos: ¿Qué tiene que ver lo que nos ocurre aquí con lo que ocurre en otras partes del mundo? ¿Cuál es la relación entre los diferentes mundos que componen el mundo?); que aferrar la complejidad de los cambios globales abría la posibilidad de construir una respuesta y, sobre todo, nuevas preguntas: la investigación era en sí misma una forma de acción; que los cuerpos no podían quedarse al margen de la política: son campo de operaciones del poder y de múltiples batallas, los feminismos y los postcolonialismos eran nuestros aliados.

Habíamos salido de las okupas para construir centros sociales abiertos y heterogéneos, pero no rompimos realmente con la identidad y con el guetto. Comenzamos a comprendernos en el interior de procesos a escala planetaria y el movimiento global abrió un nuevo sentido del destino impuesto por el neoliberalismo, desplazando momentáneamente el miedo y la catástrofe. Y a la vuelta a casa quisimos seguir poniendo nombre a las miserias de la vida cotidiana y romper con el aislamiento y el silencio. Pensamos la precariedad como una condición existencial, y la pensamos no sólo en su forma negativa, también en su potencia y positividad. Salimos de los centros sociales y nos lanzamos al espacio-tiempo abierto de la ciudad.

Por un lado, pensamos que dar nombre a las cosas permitiría una transformación inmediata de las mismas; por otro, pensamos que si llenábamos la precariedad de potencia, alegría y deseo, conectaríamos desde un nuevo lado con la experiencia cotidiana de la gente. Ninguna de las dos cosas ocurrió. Nos topamos con la proliferación de relatos infinitos, la dispersión y la dificultad para delimitar un territorio: la experiencia se hacía inabarcable y no se traducía ni en derechos ni en nuevos lugares. Pero además, nuestra idea "positiva" de la precariedad no conectaba con el malestar social. Paradójicamente, idealizamos a los otros.

Nos volcamos en alianzas concretas y desplazamos por el camino el *partir de sí*. De algún modo la alternativa a la política clásica, a las ideologías, a las fórmulas hechas pasaba más por los otros que por nosotras: no supimos



articular con éxito el partir de sí y el encuentro con otros, ahondando en la brecha entre la vida y la política, entre la experiencia, el cuerpo y la idea. De un lado, lo propio, de otro, lo que se hace con (y para) los otros, lo político de verdad. Sin embargo, al separar la vida de la política, la política se vuelve, material y afectivamente, insostenible. Y un encuentro sin cuerpos es una idea abstracta, no real.

Hace diez años pensábamos en la potencia del deseo de la subjetividad móvil y cambiante que nos constituye. Hoy pensamos que esa potencia se construía en un plano por encima de la vida, de la nuestra y de la de los otros. Por eso, la inquietud que nos atraviesa hoy es bien distinta: ¿Cómo mantenernos atentas frente a los empeños de trascendencia de la política para que ésta no se vuelva insostenible? ¿Qué hay de la vida – la real, la que permite conectarnos con otros en condiciones de igualdad, ni desde la superioridad moral ni desde el abandono de uno mismo – en lo político que hacemos? ¿Cómo seguir encontrándonos, trazando problemas comunes? Y, sobre todo, ¿tiene sentido hoy una política que no piense sobre estas cuestiones? El grupo **Precarias a la Deriva** se formó en Madrid en el 2002. Desde 2005 ha estado mutando en dirección a la construcción de un laboratorio de trabajadoras llamado Agencia de Asuntos Precarios *Todas a Cien*, que funciona a partir del espacio público de mujeres *La Escalera Karakola*.

POLÍTICA, MOVIMIENTOS, INSTITUCIONES

Hace diez años yo tenía la mas grande expectativa en relación a los movimientos que vendrían a organizar el Foro Social Mundial poco tiempo después. Habíamos justo oído el "grito de Chiapas" de los zapatistas, y las palabras de orden de los movimientos campesinos como el MST (Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra de Brasil), la movilización contra la OMC que empezara en Seattle. Parecía que se organizaba el espacio y el conjunto de fuerzas que podría liderar el proceso de superación del neoliberalismo. Sin embargo, encontramos el obstáculo de la hegemonía de las ONGs e una limitación a la llamada "sociedad civil". El pasaje de una fase de resistencia a una de construcción de hegemonías pasó a ser protagonizado por fuerzas políticas y gobiernos a partir de la



elección de Hugo Chávez, en 1998, e de otros presidentes latinoamericanos en seguida. Los movimientos sociales que no se dieron cuenta de eso se quedaron en una concepción limitada de "autonomía de los movimientos sociales", se debilitaron, algunos prácticamente desaparecieron; mientras los que se rearticulaban con la política – el caso de Bolivia es un ejemplo claro – participan activamente de la construcción de "otro mundo posible", de que la presencia de cinco presidentes latinoamericanos en el último Foro Social Mundial nos da una clara expresión.

Emir Sader es sociólogo y científico político brasileño, con lazos históricos en el Partido de los Trabajadores (PT). Activamente involucrado en la organización de los Foros Sociales Mundiales en Brasil, es miembro del Consejo Internacional del Foro.

DE LO HORIZONTAL A LO DIAGONAL

En 1997 yo estaba intoxicado. La Era del Hielo se estaba derritiendo. 1789, 1848, 1871, 1917, 1968... ahora era nuestro turno. Estábamos revoloteando, produciendo enjambres (*swarming*) por todas partes. Y entonces de repente... desaparecimos. ¿Fuimos solo un sueño?

En un breve artículo, *Network, Swarm, Microstructure* (Red, Enjambre, Microestructura), el teórico cultural Brian Holmes identifica dos condiciones para la producción de enjambres (*swarming**). En primer lugar, "la existencia de un horizonte – estético, ético, filosófico o metafísico – compartido construido en el tiempo de forma paciente y deliberada, una "producción de mundos" que permita el mutuo reconocimiento de los miembros de un grupo. Y en segundo lugar, la "capacidad para la coordinación temporal a la distancia", a través de la comunicación de afectos e información. Intoxicados por el descubrimiento de la segunda condición, dimos por sentada a la primera. Nuestro horizonte compartido fue como un sueño. ¿Qué lo indujo?

En esos tiempos yo ingenuamente creí que todo lo que era necesario hacer era trabajar en la segunda condición planteada por Holmes ("coordinación a la distancia"); la primera ("horizonte compartido") se cuidaría a sí misma. Proporcionemos foros, computadoras, listas de correo y oportunidades para el intercambio y la acción conjunta y la cosa tomará vuelo por sí misma: multiplicación en lugar de adición. En parte se trataba de una respuesta a la historia de la izquierda y una comprensión de que las identidades esclerotizadas y las deformaciones sectarias forman parte de nuestros mayores obstáculos, acompañada con la idea de que actuar (en especial de forma directa) con otros era el antídoto perfecto para ello.

Tal vez ese sueño era una premonición llegada antes de tiempo. En todo caso la cuestión de la coordinación a la distancia ahora parece una cuestión simple – el trabajo se concentra más que nada en torno a la construcción de un horizonte compartido.

Un *No* y muchos *Sí*; mosaicos de minorías; redes de redes; intercambios horizontales... Todo ello pierde fuerza cuando el enemigo se desagrega, cuando ya no se trata de un bloque homogéneo, cuando ya no resulta evidente cómo o por qué estamos juntos en esto, o incluso quiénes somos "nosotros".

Alain Badiou, filósofo francés, asocia el "nosotros" con lo más común, lo más genérico, lo más compartido en nuestra situación, pero que resulta en el presente invisible, incontado, innominado. Interior, pero excluido. ¿Cómo actuar para – aquí y ahora – afirmar este aspecto común, genérico, compartido en nuestra situación? ¿De qué manera resulta posible, actuando localmente, encontrar una destinación universal que demuestre y ponga en práctica la igualdad sin la cual nos convertimos simplemente en otro grupo de interés? ¿De qué modo nombrar

IMAGINACIÓN Y CAMINOS ALTERNATIVOS

Estábamos en una encrucijada, el fin de una era. Pero la gente no salta ciegamente en el desconocido, en territorio ignoto, si no tiene esperanza. No fuimos capaces de alimentar esta esperanza, quizás porque el poder de nuestras ideas nos hizo ciegos.

La esperanza es la esencia misma de los movimientos populares. Tomamos por cierto que todas y todos verían con nosotros que el emperador estaba desnudo. Así, fuimos incapaces de ver que él sigue vestido, porque mucha gente todavía cree ver las ropas construidas por los políticos, los intelectuales y los medios.

Nos faltaban ejemplos prácticos de caminos alternativos y nos faltó imaginación.

Caminos alternativos. En 1996, al final del Encuentro Intercontinental en Chiapas, los Zapatistas nos dijeron que cambiar el mundo es muy difícil, quizás imposible, pero se puede crear un mundo totalmente nuevo. Estábamos postergando la creación de mundos – un mundo que contuviese muchos mundos. Y con eso fuimos incapaces de presentar alternativas reales ilustrando lo que pensamos. La mayor parte de la gente no está más interesada en otra crítica, otro discurso; ella quiere ver que otros mundos son no sólo posibles sino necesarios.



Imaginación. Atrapados durante cien años en la disputa ideológica entre capitalismo y socialismo, dejamos de pensar. No fuimos capaces, hace diez años, de imaginar alternativas. Estábamos tan concentrados en la crítica de lo que está errado en el mundo (el mundo que no deseamos y que se está deshaciendo), que no pudimos imaginar, vivir y compartir con otros el nuevo mundo más allá de este.

Gustavo Esteve es un intelectual desprofesionalizado establecido en Oaxaca, México. Es consejero de los Zapatistas y fundador de la Universidad de la Tierra en Oaxaca.

este elemento común y pintar nuestro horizonte con colores estéticos, éticos y metafísicos que nos vuelvan mutuamente visibles?

Diez años atrás, mi pregunta era: ¿cómo poner en red a los activismos locales para facilitar el intercambio global? Ahora mi pregunta es: ¿cómo forjar un universalismo militante y construir una voluntad genérica? ¿Organizándose quizá no en el plano *horizontal* sino en el *diagonal*?

Phil McLeish fue, durante la década de los 90, miembro de *Reclaim the Streets* en Londres. En 1997 su mente fue alterada de forma permanente por el segundo encuentro Zapatista – realizado en territorio perteneciente al Estado español – y el posterior surgimiento de la *Acción Global de los Pueblos*. Luego de esconderse en la paternidad por algunos años, se ha involucrado con el *Climate Camp* (Campamento de Acción contra el Cambio Climático) en el Reino Unido desde el 2006 hasta la actualidad * (n. del t.) En la cultura militante en la que este texto se inscribe, el verbo inglés *swarming* (derivado del sustantivo *swarm*, "enjambre") significa intervenir sobre un punto de forma sostenida y desde múltiples direcciones de modo aparentemente amorfo pero deliberadamente estructurado y coordinado. Se trata de un término frecuentemente utilizado para describir la lógica operacional de las alianzas prácticas variables establecidas entre los movimientos participantes en las protestas del movimiento de resistencia global. Para más información (en inglés): <http://p2pfoundation.net/Swarming>



"ALLÁ LLEGAREMOS!"

Estábamos entre aquellos y aquellas que en los 90 se dieron cuenta de que el neoliberalismo, mientras promovía la libre circulación de capital y bienes de consumo, sostiene políticas de migración que controlan y criminalizan la circulación de personas, especialmente aquellas de los grupos y etnias más empobrecidos y discriminados.

Hoy día, continuamos a reconocer en los movimientos internacionales de migrantes una estrategia de resistencia a las políticas económicas neoliberales impuestas sobre el Sur global. Pero los riesgos políticos de la generalización nos llevó a distinguir entre dos tipos de protagonismo. El primero, no-intencional, configura una estrategia individual de respuesta a las dinámicas estructurales de violencia y exclusión. A pesar de su ambivalencia y alcance reducido – porque sus objetivos son la inclusión y transformación de situaciones individuales – sigue siendo un señal importante de resistencia en el contexto internacional. El segundo tipo, crítico y conciente, incorpora prácticas de intervención en las esferas política y simbólica, una lucha estratégica contra el racismo y diferentes formas de discriminación y la formulación de alternativas. También él puede ser ambivalente y tener un impacto reducido. Pero esto no hace con que sea menos relevante, porque implica la toma de una posición ética y política de antagonismo que expone las estructuras discriminatorias y hace con que los migrantes aparezcan como protagonistas y no víctimas.

Con el pasar del tiempo, sin embargo, también esta distinción mostraría sus límites: en su esfuerzo por tornar los migrantes visibles como protagonistas, los protagonistas concientes corren el riesgo de hablar en nombre de aquellas y aquellos que son constituidos por el discurso de la representación. Contradiscursos radicales pueden muchas veces practicar esta violencia, que silencia a quienes supuestamente representa. Hoy, nuestra actitud crítica está dirigida no solamente a las llamadas elites hegemónicas sino también, en un gesto autocrítico, a activistas e intelectuales migrantes en territorio europeo.



Una cosa, sin embargo, no ha cambiado. Mismo con medidas de restricción y leyes discriminatorias, mismo con las muertes en el litoral europeo, mismo con los programas de colaboración con gobiernos del Sur para contener la migración, mismo con la violencia y precariedad a que se exponen los sin papeles, la gente sigue viniendo a Europa. Una vez aquí, muchos logran quedarse. La Comisión Europea estima que el número de nuevos migrantes a cada año sea algo entre 350,000 y 500,000.

Hace algún tiempo, vi un reportaje en la TV que mostraba hombres negros, sus manos y pies atados, que habían sido capturados por la policía cerca de Ceuta y Melilla, en España. Uno de ellos, entrevistado por un reportero, fijó la cámara directamente y, con una voz firme, dijo: 'Ellos pueden construir cuantos muros y vallas quieran. Seguiremos intentando, y lograremos cruzar. Allí llegaremos!'

Rubia Salgado es miembro fundadora de *maiz*, un centro autónomo de y para mujeres en Linz, Austria, donde hace trabajo cultural y educacional. El centro fue fundado en 1994. www.maiz.at

AVANZAR UN PASO...

Mi rostro estaba en los periódicos sudafricanos alrededor de setiembre del 1999. Yo había "osado" desafiar el partido gobernante, el Congreso Nacional Africano (ANC), cuestionando su programa de privatización. Yo era líder regional del ANC y representante local electo de mi distrito en Soweto. Los medios me proyectaron como una víctima de la falta de democracia en el ANC, en un momento en lo cual su hegemonía era más o menos incontestable. Hice lo que pude para utilizar esta atención para diseminar el mensaje contra las políticas neoliberales. Conquisté la simpatía del público y mantuve mi base inmediata de poder local.

Pero me faltó utilizar la conmovición que se



creó para volver a los 200 y tantos directorios regionales del ANC para explicar porque, en mi condición de líder socialista en el partido, me oponía al neoliberalismo. Debería haber ido a estos sitios de la misma forma como antes iba a ayudar a construir el ANC. Debería haber convocado reuniones, visitado a la gente en sus casas, repartido volantes, participado de debates públicos y así por delante. Al envés de hacerlo, dejé que los medios contasen mi historia mientras el liderazgo del ANC controlaba el impacto. Fui catapultado de la condición de líder del partido a la de cara famosa del movimiento antiglobalización que empezaba a emerger en Sudáfrica. Reflexionando hoy, creo que debería haberme esquivado de la fama y concentrado en mover mil trabajadores comunes un paso, al envés del vertiginoso avance revolucionaria de unos pocos compañeros radicales y yo mismo. Yo era un héroe y el centro de mi universo político. Debería haber trabajado más duro en hacer de las masas sus propios liberadores.

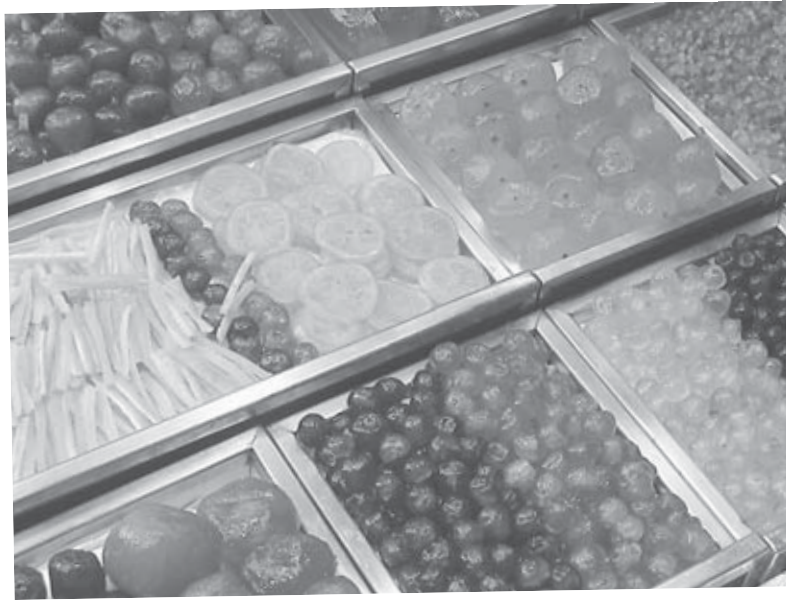
Trevor Ngwane fue activo en el ANC como activista antiapartheid en Soweto. Fue posteriormente expulsado del partido por oponerse a la privatización de servicios públicos. Hoy, sigue en la lucha en la sociedad post-apartheid.

DESHACIENDO LA HOMOGENEIDAD SOCIAL FABRICADA

Japón ya pasó por una crisis financiera en la mitad de los 90. En esta época, las personas se dieron cuenta que el sueño que les había sido vendido por el régimen posguerra era enteramente falso, y empezaron a nutrir un profundo escepticismo en relación al mismo capitalismo. Desde entonces hemos tenido el presentimiento de que, antes o después, lo mismo pasaría en escala global. Pero ahora que realmente está, nosotros anticapitalistas reconocimos después del hecho que fallamos en comprender todas las implicaciones de aquel primero quiebre entre el entonces y el ahora. Reconocimos que dejamos pasar una oportunidad de accionar.

Estábamos todavía asombrados por la falencia de las Nuevas Izquierdas, la falencia de su vanguardismo autoritario, que acabo por destruir el ímpetu de la militancia de masa y resulto en un estado general de inercia con un pacifismo sofocado. Estas condiciones nos impidieron de desarrollar estrategias creativas y las tácticas necesarias para sacar las posibilidades de la crisis y organizar una socialidad anticapitalista en el contexto japonés.

Esta organización debe tener múltiples dimensiones, involucrando la totalidad de nuestras vidas sociales: escuela, familiar y cada trozo de espacio urbano. Mas importante, no puede darse sin deshacer la fabricada socialidad homogénea del Japón, una red muy cerrada y altamente controlada por la maquina informática del conglomerado estado/medios. Con la doble crisis financiera, sin embargo, la base de la socialidad



japonesa – incluyendo el lugar de trabajo seguro, educación decente y jerarquía familiar tradicional – se esta disolviendo. Así, el blanco de nuestro esfuerzo de organización debería ser extrabajadores, exestudiantes y exmadres, expadres, exhijos creados por este proceso.

También disolviéndose está el mito de Japón como nación insular consistente de una raza pura. Es por eso que necesitamos construir solidaridad con trabajadores inmigrantes y una coalición con movimientos en otros territorios de la Asia Oriental. Con esto, debemos materializar la idea de un Japón como archipiélago sin fronteras contiguo al continente asiático. La solidaridad global con que sueña desde hace mucho el aislado movimiento japonés puede iniciarse apenas junto con la corriente revolucionaria de la Asia Oriental.

Go Hirasawa y **Sabu Kohso** son activistas anticapitalista y miembros del comité de redacción de la revista japonesa VOL. Presentemente preparan un libro sobre movimientos sociales en el Japón contemporáneo para *Autonomedia*.

MÚSCULO Y CARNE

Hace diez años, estábamos todavía en la sombra del muro caído, el "fin de la historia". La red más radical que surgió entonces se llamaba "Acción Global de los Pueblos contra el 'libre' comercio y la Organización Mundial del Comercio". Fue el espacio *de facto* de coordinación para grupos del Sur y del Norte con instintos anticapitalistas, pero anticapitalismo solo devendría un principio en 1999. Mismo los Zapatistas habían convocado apenas para una revuelta contra el "neoliberalismo", no el capitalismo en sí – aunque sus intenciones de dar la partida a un nuevo ciclo mundial de luchas fuesen bastante claras. Esta timidez no estaba necesariamente "errada" en el contexto, pero mostrad cuanto "errado" era el contexto político de la época.

Hoy en Francia el Nuevo Partido Anticapitalista participa con algún éxito de la política electoral. Pero cuanto carne (sin hablar de músculo!) tiene el anticapitalismo sobre los huesos del slogan? No sigue siendo en general un preámbulo para demandas socialdemócratas?

Diez años atrás, los críticos del neoliberalismo estaban correctos, pero nadie pudo prever esta grave crisis. Nosotros superestimamos el capitalismo demasadamente. El había logrado postergar la crisis por tanto tiempo que ya empezábamos a dudar de nuestro Marx. Y ahora, frente a lo que es literalmente "la oportunidad de una vida", estamos increíblemente desprevenidos.

Y se estamos hablando de "músculo", hace diez años la mayoría entre nosotros creía que las verdaderas victorias ideológicas que logramos iban a producir avances concretos y cambio – la radicalización de sindicatos, partidos etc. El sistema se reveló inmensamente más rígido, desesperado y terrorista. Mientras tanto, las masas (en el Norte global por lo menos) permanecen pasivas. Quizás ellas, o nosotros, estamos aguardando visiones y formas creíbles de organización...?

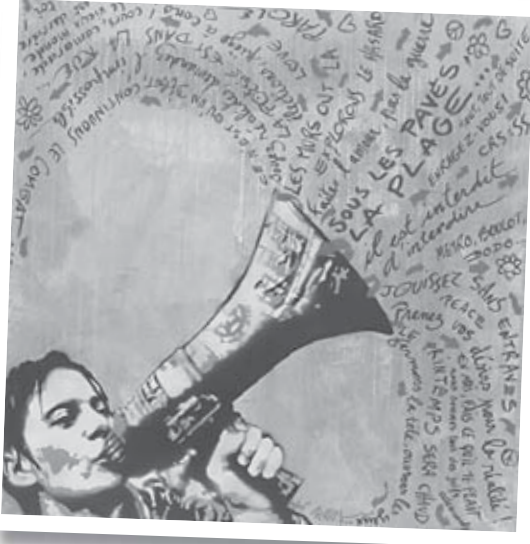
Olivier De Marcellus es un activista con base en Ginebra y fundador de la Acción Global de los Pueblos.



SOBRE MULTIPLICIDAD, DECISIÓN Y EL COMÚN

Tanto nuestras fuerzas como nuestra debilidades son productos de nuestra imaginación histórica. Sin saberlo realmente, hemos heredado el dilema que, en mayo de 1968, separó los Nuevos Movimientos Sociales de los viejos. Los últimos se concentraban en el problema del frente común, con eso afirmando el trabajo, y luego el poder del estado. Los Nuevos Movimientos Sociales, por otro lado, ponían su confianza en la multiplicidad de frentes, afirmaban el derecho al no-trabajo y luego el antipoder de las minorías. Pensamos las dos posiciones al mismo tiempo, y por eso llamamos a nosotros "movimiento de movimientos". Nuestra debilidad es que no hemos llevado esta idea hasta su conclusión. No sabemos todavía como lo que es común a todas las frentes puede ser articulado y organizado. No sabemos todavía cual es poder del antipoder. La inevitable afirmación de la multiplicidad oscurece la inevitabilidad de la decisión estratégica.

No hemos ni mismo comprendido que *ahí* está nuestro problema, y que lo tenemos que resolver *nosotros*. El principio para una solución esta en



la cuestión de cómo podemos crear un partido y un estado sin simplemente ser un partido o simplemente disolverse en el estado.

Cuanto a esto, tres sugerencias. 1) Un problema de verdad es algo que se tiene que solucionar como un enigma. Implica un momento de gracia, y por tanto una abertura a un resultado. 2) Se hay una dialéctica de los tres movimientos secuenciales, el punto entonces no es su síntesis, sino algo enteramente nuevo, lo que no excluye sino incluye negaciones específicas. 3) John Holloway articula no nuestra fuerza sino nuestra debilidad y le da crédito filosófico a una *exageración* del Zapatismo, al envés de intentar hacer una contribución filosófica para el desarrollo de una innovación política importante, pero limitada.

Thomas Seibert es un activista de ATTAC (Association for the Taxation of Financial Transactions for the Aid of Citizens) and la Izquierda Intervencionista de Alemania. Su última publicación es *Krise und Ereignis: Siebenundzwanzig Thesen zum Kommunismus [Crisis and Event: Twenty-Seven Theses on Communism]*

APOSTANDO EN MONEDAS SOCIALES

En noviembre de 1999 – en simultaneidad con el despertar de la multitudes inteligentes que irrumpirían en Seattle – investigadores, militantes y curiosos de 9 países participaron en Buenos Aires del encuentro en que se creó la Red Latinoamericana de Socioeconomía Solidaria (RedLASES). Todos venían a ver cómo funcionaban nuestros clubes de trueque, aquella “moneda social” que habíamos acuñado pretendiendo (ingenuamente?) cambiar el destino del movimiento de emprendedurismo desesperado, del desempleo de dos dígitos, a la radicalización de la democracia...

No lo logramos, es cierto. Estábamos equivocados en creer que el paradigma de escasez podría ser superado apenas por medio de la abundancia representada por las ferias de trueque utilizando monedas sociales. Confundimos lo que pensábamos y creíamos con lo que necesitábamos que creyera la gente. Nos olvidamos de esta verdad marxista de que, en una sociedad de clases, la ideología dominante es aquella de la clase dominante. Las personas querían plata para tener cosas, mejorar su padrón de vida – un deseo legítimo. Sin acceso a los grandes medios, invertimos en la academia como medio de difusión de nuestras ideas – jamás una buena apuesta para las nuevas ideas! Terminamos luchando por cuestiones menores, cuando lo más importante hubiera sido mostrar que estábamos apostando en otro modelo de desarrollo, que no tenía nada de utópico si se comprendía la importancia de emitir y distribuir otra moneda.

Bajo la presión de tener que presentar un “sistema modelo”, fuimos lentos para absorber las lecciones que venían de otras experiencias. Fallamos en comunicar la dimensión sistémica de la crisis, y por tanto la necesidad de una solución sistémica. Fallamos en producir una articulación en tiempo real entre la moneda social, de un lado, y otras iniciativas como cooperativas autogestionadas, comercio justo y consumo ético, micro-crédito y presupuestos

participativos, de otro.

Pero decir que nos equivocamos sería todavía más ingenuo. Recorrimos un tramo evolutivo muy importante, aprendimos muchas lecciones y hoy el híbrido micro-crédito/moneda social sigue haciendo historia en la vida cotidiana de muchísimos emprendedores agrupados en diferentes estructuras colectivas, de la mano de la política pública. *No es poco, tampoco.*

Nuestras apuestas estratégicas para el futuro están en demostrar que la economía solidaria sólo será el *modelo de desarrollo* que pretendemos si articulamos todo lo que está desarticulado: cooperativas de autogestión, comercio justo, consumo responsable, presupuesto participativo, finanzas solidarias y monedas sociales; y que la *moneda social* será un instrumento de radicalización de la democracia o no cambiará significativamente la forma de relacionarnos entre nosotros.

Para eso, tenemos que superar los obstáculos cognitivos que retrasana el proceso de transformación social que nuestro tiempo exige. Estos incluyen: la falta de comprensión de que hay *abundancia* de recursos disponibles – para todo quehacer – tan sólo inaccesibles por la escasez artificial en que vivimos; nuestra incompetencia resiliente en articularnos sinérgicamente en la diferencia, de aceptar al otro y su forma de hacer como legítima; nuestro concepto limitado de responsabilidad, para reconocer que *somos siempre responsables de nuestra parte y del todo.*

Heloisa Primavera es profesora de la Escuela de Economía de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Es fundadora de la Red Latinoamericana de Socioeconomía Solidaria (www.redlases.org.ar) y de Colibri, un proyecto que ofrece entrenamiento para agentes de desarrollo endógeno. (www.proyectocolibri2008.wordpress.com).

Traducido por Carolina Fontoura Alzaga, Franco Ingrassia, Rodrigo Nunes, Elise-Danielle Thorburn

CAMINANDO UN NUEVO CAMINO

Qué va a pasar? Nadie puede saber.

– Billy Bragg

Empezando en el 1986, en Bolivia y países vecinos, la política de ajusta estructural fue promovida por instituciones financieras internacionales, resultando en la privatización de compañías públicas.

En el 1999, el gobierno boliviano privatizó el servicio de agua de Cochabamba, la tercera mas grande ciudad de Bolivia, y aplicó esta política en escala nacional. Durante varios meses, nosotros, el pueblo, luchamos contra esta política bajo el paraguas de la Coalición para la Defensa del Agua y de la Vida. La gente se movilizó en las calles; el gobierno contestó con violencia. En abril del 2000, después de días de confrontaciones, la compañía fue expulsada y la ley se cambió. La Guerra del Agua, como se quedó conocida en todo el mundo, fue la primera victoria popular en 18 años de neoliberalismo en la Bolivia, y cambió la historia.

El manejo publico de la compañía de agua fue instituido, en un intento de clarificar lo que viene a querer decir “publico”. Sin

embargo, nuestra creencia de que sabríamos manejar nuestros recursos de forma mejor fue ingenua y equivocada. No logramos construir una compañía de agua autogestionada en un contexto global de privatización. La Guerra del Agua devino no apenas sobre el agua sino también sobre aquello que el

neoliberalismo nos había quitado: nuestro derecho de participar en la toma de decisiones.

Por toda la Bolivia y la America Latina, las personas están trabajando mucho para substituir el sistema neoliberal con nuevos sistemas de gobierno. La filosofía del libre mercado tiene una ascendencia tan grande en el desarrollo económico mundial que nuevos abordajes son contenidos y eliminados en toda parte. Uno de nuestros equívocos cuando pensamos en términos de “economía global” es que no vemos los puntos en que la gente está construyendo otra economía, una basada en las realidades de la vida y no el capital. Los medios no hablan de estas iniciativas, y por eso ellas “no existen” en el mundo normal, pero siguen pasando de la misma forma. Estamos caminando un nuevo camino que tiene muchos problemas, conocidos y desconocidos. Si es verdad que podemos haber errado en relación o que se podría haber hecho, sabemos que la vida que tuvimos en los últimos 20 años no es el camino hacia adelante.

Marcela Olivera y **Oscar Olivera** son activistas laborales y por acceso común al agua en Cochabamba, Bolivia. Oscar es el autor de ¡Cochabamba! Water War in Bolivia.



Hasta
hace poco tiempo,
cualquiera que hubiese sugerido
nacionalizar los bancos hubiera sido consid-
erado como un chiflado carente de los elementos
más básicos de comprensión de la economía y del modo de
funcionamiento de un mundo actual "complejo y globalizado".
El poder de la "ortodoxia" era tan intenso que una idea de ese tipo
habría sido descalificada sin siquiera considerar la necesidad de formu-
lar una contraargumentación. A pesar de toda esta confusión – una era
de "crisis", cuando parece que todo podría, y debería, cambiarse – tenemos
la paradójica sensación de que la historia se ha detenido. Hay una falta de
voluntad o una incapacidad para confrontar la escala de la crisis. Malestar y
protestas han surgido en torno a distintos aspectos de las crisis, pero no hay
evidencias de que se haya constituido una respuesta común o consistente.
Parecemos incapaces de partir adelante. Durante muchos años, los mov-
imientos sociales han podido encontrarse y reconocerse mutuamente
en el *territorio común* del rechazo al neoliberalismo, la vieja *zona
media* de la sociedad – es decir, aquellos discursos y prácticas que
definían el centro del campo político. La crisis de la zona media
ha deshecho este territorio común. ¿Y ahora? ¿Continu-
ará el neoliberalismo tambaleando sin dirección,
como un zombi? ¿O será la hora para algo
completamente diferente?